

EL PAÍS SEMANAL



Afganistán: el infierno de las mujeres

por Jesús Rodríguez
fotografía de Samuel Sánchez



¿Qué estás leyendo?

* EL PODCAST DE LIBROS DE EL PAÍS

Berna González Harbour habla con escritores y escritoras para adentrarse en la temática de sus obras y nos acerca a autores consagrados y nuevos talentos en este *podcast* quincenal lleno de recomendaciones literarias.

ESCÚCHALO



EL PAÍS SEMANTAL

2.520

18

Reportaje. Afganistán: el infierno de las mujeres

Las leyes de la reinstaurada dictadura talibán tratan de perpetuar un cruel *apartheid* de género.

38

Entrevista. Paco Ibáñez

"Dios, si existe, a lo mejor es Brassens", dice el juglar rojo, que celebra sus 60 años en los escenarios con un nuevo álbum en ciernes.

44

Perfil. Frieda Hughes y su amiga la urraca

La pintora y poeta nos abre las puertas de su casa de Gales.

52

Gastronomía. Un universo de superfrutas

Colombia tiene 2.500 variedades que enriquecen platos y economías.

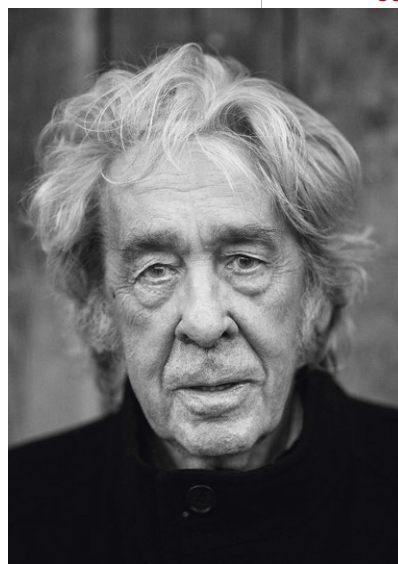
68

La última cena. Oscar Mariné: menú sorpresa

El artista y diseñador imagina un ágape final disperso pero mágico.

-
- 6 Pamplinas
Martín Caparrós
 - 12 La imagen
Juan José Millás
 - 74 Maneras de vivir
Rosa Montero
-

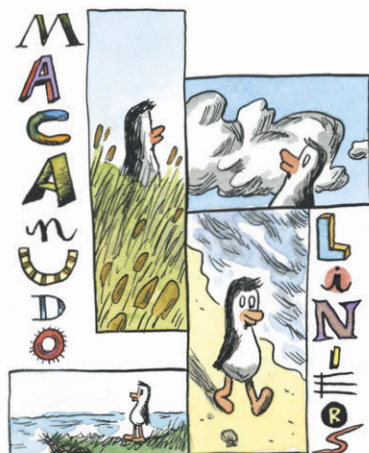
Fotografía de portada:
Samuel Sánchez



44

52





POR LINIERS

PRESIDENTE Y CONSEJERO DELEGADO

Carlos Núñez

DIRECTORA

Pepa Bueno

DIRECTOR ADJUNTO

Borja Echevarría

REDACTORA JEFA

Belinda Saile

DIRECTOR DE ARTE

Diego Areso

REDACTOR JEFE DE FOTOGRAFÍA

Gorka Lejarcegi

EDICIONES EL PAÍS, SLU

Depósito legal: M-20171-2013

ISSN: 1134-6590

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid

Teléfono 913 37 82 00

Caspe, 6, 3ª planta. 08010 Barcelona

Teléfono 934 01 05 00

elpaissemanal@elpais.es

Editado por el Grupo PRISA.

Este suplemento se entrega

con EL PAÍS los domingos.

El precio de los ejemplares atrasados es el doble del de portada.

Impresión. Rotocobri. Ronda de Valdecarrizo, 13. 28760 Tres Cantos (Madrid)

© Ediciones El País, SLU. Madrid, 2025



PEFC Certificado

Papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible, reciclado y de fuentes controladas
www.pefc.es

EN PORTADA

El grito de las afganas. El domingo 27 de octubre, en un hospital situado en la mísera periferia de Kabul, una joven y valiente doctora cubierta de negro nos dio la clave: “Hoy, cada mujer afgana es torturada de una manera distinta, tanto mental como físicamente”. Era uno de los primeros días de reportaje del equipo de EL PAÍS en Afganistán ayudados por Unicef. Después vendrían las turbulentas provincias de Paktia, Wardak y Surobi. Sus palabras fueron nuestra hoja de ruta. Desde el regreso de los talibanes al poder en 2021, Afganistán ha vuelto a la casilla de salida. El centenar de edictos de la Ley para la Propagación de la Virtud y la Prevención del Vicio han dejado a las mujeres afganas fuera de la esfera pública, en una especie de *apartheid* de género que para muchos países es un delito de lesa humanidad. Están en peligro. Y gritan al mundo que no se olvide de ellas. **JESÚS RODRÍGUEZ**

HA COLABORADO



Andrea Aguilar (Madrid, 46 años) es una periodista cultural licenciada en Historia y Políticas por la Universidad de Kent. Escribe para EL PAÍS, con gran hincapié en la literatura, desde 2004. En este número traza un perfil de la artista Frieda Hughes.



Telefónica

Imaginémonos

Ahora que estamos
mejor conectados que nunca,
imaginémonos lo lejos
que podremos llegar.



Martín Caparrós

La palabra plutócrata

HAY PALABRAS VAMPIRO. Palabras que creíamos muertas y enterradas y que de pronto reaparecen en las tinieblas de la noche. La palabra *plutócrata* es una. Hace años, con mi tío Nicolás, para reírnos, le gritábamos atrás plutócratas atrás a cualquier amigo que dijera tonterías. La referencia era evidente: aquellas caricaturas anarquistas o socialistas de fines del siglo XIX, principios del XX, donde los ricos eran señores gordos —ventripotentes, dirían los franceses— con galera y polainas y la cadena gruesa de un reloj de oro cruzándoles la panza. La palabra, entonces, ya era milenaria.

La palabra *πλουτοκρατία*, plutocracia —de *ploutos* “riqueza” y *kratos* “poder”—, apareció en el principio de Atenas para describir a esos ricos que usaban su plata —sus minas de plata y olivares y esclavos y comercios— para mandar en la ciudad; para frenarlos se sentaron las bases de aquella democracia. Y la palabra se siguió usando 2.500 años hasta que se perdió.

Hace unas décadas aquella encarnación/ostentación de la riqueza parecía superada. Por un lado las fortunas se habían hecho corporativas, disimuladas, propiedad de empresas sin una cara con monóculo. Y su poder funcionaba a través de las dádivas de campaña y las presiones y lobbies y obsequios de colores pero era oculto, reticente. Les daba vergüencita, y ponerles un rostro parecía de mal gusto en un mundo que, a regañadientes, se revolvía contra la desigualdad —hasta que llegó el contraataque: en los ochenta dos cabecillas sajones dieron vuelta la historia. Mrs. Thatcher y Mr. Reagan sentaron las bases para rearmar sociedades donde los superricos dejaran de pagar impuestos reales y acumularan más y más, y donde, sobre todo, ser brutalmente millonario fuera una aspiración legítima, no una agresión a los demás.

Tras la revolución neoliberal el mundo desarrollado se hizo más desigual, los ricos cada vez más ricos, los pobres igualmente pobres y, al mismo tiempo, por esas bromas de la historia, una forma de desarrollo técnico permitió la acumulación de fortunas enormes. Ya sabemos: los Gates, Jobs, Bezos, Zuckerbergs y últimamente, por encima de todos, el invencible señor Elon Musk. Esos hombres —son todos hombres, viudas, exesposas— han recuperado, por un lado, la narrativa del *self-made-man*, que ya no se llevaba. Son el ejemplo que —amplificado por *youtubers* y demás reinas de belle-

za— deslumbra a millones de chicos y chicas: tú también puedes, alcanza con que encuentres la forma de ser más algo que todos los demás y quedarte con su plata.

Esa es una de las formas decisivas en que los superricos cambiaron la ideología de nuestras sociedades: ya no buscamos soluciones comunes, ahora creemos que nos salvamos solos —si tenemos una buena idea y la energía y el egoísmo necesarios para seguirla hasta el final. Funciona. Sucede con los sueldos: en 1965 el director de una compañía americana ganaba, en promedio, 20 veces el salario medio que pagaba; ahora, 220 veces más. Sucede sobre todo con los bienes: el 1% más rico de la población mundial tiene más que el 95% restante. O, más brutal: hay 26 personas que poseen tanto como las 4.000.000.000 que forman la mitad más pobre de la humanidad.

Esos cambios consiguieron devolver la figura del rico a un pedestal. Pero no habían, todavía, recuperado la figura del plutócrata. Parecía que los más ricos querían ser más ricos por un interés casi deportivo: para ser el campeón, por no ser el segundo, cositas del orgullo. Y seguían ejerciendo su poder con sordina, decidiendo caminos y conductas a través de sus instrumentos empresariales —llámense Facebook o XX o NN o lo que sea. Pero de pronto reaparecieron en la arena política: un supuesto benefactor liberal como Jeff Bezos prohibió que su supuesto diario liberal, *The Washington Post*, se ma-

Plutócratas en todo su esplendor: señores que ejercen el poder político de sus fortunas y no lo disimulan



nifestara contra Trump y sobre todo el más visible, otra vez Musk, será ministro del Gobierno del gritón mayor.

Plutócratas en todo su esplendor: señores que ejercen el poder político de sus fortunas y no lo disimulan, al contrario: esas fortunas demostrarían que ellos sí saben lo que hacen. El clima de época los sostiene, pero es probable que eso cambie. Por ahora consiguieron convencer a muchos incautos de que la culpa de sus males la tienen los Estados, los políticos. Cuando pasen unos años y esos males sigan, será inevitable que esos incautos vuelvan la vista a los plutócratas y empiecen a detectarlos y a detestarlos como lo hacían aquellos socialistas, aquellos anarquistas de 1890. Predecir es barato —pero a veces, gracias a Dios, las cosas pasan. —EPS

Más miradas, más reflexiones y más cultura se unen a tu suscripción



Ahora con EL PAÍS recibe la revista mensual **TintaLibre**

EL PAÍS e infoLibre se unen en esta nueva era de TintaLibre donde la crónica, el humor, sus firmas y los temas exclusivos acercan cada mes el periodismo de cultura y pensamiento.

SUSCRIPCIÓN DIGITAL ANUAL

A EL PAÍS

+ PDF TintaLibre

+ TintaLibre a domicilio
(11 números)

1 € primer mes (después 14 €/mes)

SUSCRIPCIÓN EL PAÍS FIN DE SEMANA

Suscripción digital a EL PAÍS

+ EL PAÍS DIGITAL de lunes a domingo

+ EL PAÍS en papel en fin de semana

+ Suplementos

+ TintaLibre cada mes

22 €/mes

Si ya eres suscriptor y estás interesado, llámanos al **914 400 135**



**Tinta
Libre**
REVISTA DE CULTURA Y PENSAMIENTO/NOUEVA ÉPOCA

EL PAÍS



AUDACES

LA RESISTENCIA DE LA PALABRA

El malagueño Pablo Bujalance es el impulsor del Taller de Mundos Posibles, un centro de escritura creativa en un barrio popular de su ciudad. Una trinchera creativa que trata de desmentir la interpretación de la cultura como mero acelerador de turismo y comercio.

POR NACHO SÁNCHEZ
FOTOGRAFÍA DE LAURA LEÓN

Su amor por la vida cotidiana de su barrio de La Victoria lo transforma en impulso creativo en verso y prosa

SOSTIENE PABLO BUJALANCE (Málaga, 48 años) que es posible enamorarse de un lugar. Mantener una relación con el entorno en el que se reside, con sus gentes, comercios, arquitecturas. Es una sensación que le invade y celebra cada día al caminar por La Victoria, barriada al norte del casco histórico de Málaga que le tiene robado el corazón. Por allí pasea con ojos brillantes de pasión dirección a la panadería, el bar del desayuno, la frutería en la que comparte charlas con las vecinas, el artesano que arregla sus zapatos. Es la vida que le inspira. La que transmite con palabras certeras en una conversación o en cualquiera de las muchas formas que tiene de comunicar: novela, teatro, poesía, música. O en los artículos periodísticos en los que analiza con precisión quirúrgica su ciudad desde hace 20 años en el diario *Málaga Hoy*. Y que, fruto de ese amor por la vida cotidiana en su vecindario, también ha materializado en el Taller de Mundos Posibles, una trinchera donde se imaginan otras realidades a partir de la escritura creativa en verso y prosa.

Bujalance tiene apellido de pueblo cordobés —provincia en la que se pierden sus raíces familiares— pero nació en Málaga. Tras licenciarse en Magisterio, probó un año en Pedagogía y acabó Periodismo. Comenzó a ganarse la vida tocando las cuerdas —guitarra, bajo o mandolina— en una banda de rock transgresivo que dejó por la poesía. Hoy la música le da equilibrio, terapia que incluye viajar tras sus ídolos, como hizo en diciembre, cuando acudió a París para rendirse a Paul McCartney. Escribe desde pequeño, aunque no se sintió parte del gremio hasta que entrevistó al argentino

Juan Gelman al comienzo de la década de 2000. “De repente paró la entrevista y me dijo: ‘¿Tú eres escritor?’. Yo le respondí que escribía cosas, pero él me aseguró que solo un escritor le haría las preguntas que acababa de hacerle. Hasta entonces me había dado mucho pudor, pero desde entonces sí me reconozco escritor”, relata. Además de tres novelas y otros tantos poemarios, ha publicado cinco obras de teatro y acumula reconocimientos como el concedido por el Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro. En 2022 fundó la Verdial Shakespeare Company junto al actor Antonio Zafra, compañía en la que crea espectáculos de y sobre el autor de Stratford-upon-Avon. “Morente decía de Lorca que cada vez escribe mejor. Y yo lo digo sobre Shakespeare”, asegura quien co-

noce al dedillo la obra del británico y apura hasta la última letra de cada ensayo que se publica sobre su figura. Cree que los personajes shakespearianos le han permitido entender mejor la conducta humana y eso le ayuda a sentirse menos solo.

La personalidad de Bujalance se refleja en su última aventura. El Taller de Mundos Posibles es una aventura familiar junto a su pareja, Manuela, y su hija, Irene, adolescente que escribe, dibuja y fotografía. La semilla germinó en un pequeño piso en 2021. Tras florecer y dar frutos, el pasado septiembre se mudó a una nueva, amplia y coqueta sede en uno de los pocos bajos comerciales que no ha sido transformado en piso turístico. Este milagro fue antes pizzería, academia de inglés, escuela de danza y guardería. Ahora es un envite —sin apoyo público, solo sufragado a partir de las cuotas mensuales de su alumnado— a contracorriente en una ciudad que utiliza la cultura con fines principalmente turísticos. Y donde lo tecno-

A la izquierda, Pablo Bujalance, retratado en el aula donde imparte talleres de escritura creativa. Abajo, abre el taller, cerca del barrio de La Victoria, donde vive.





Un momento de una de las sesiones de escritura creativa en el Taller de Mundos Posibles.

lógico ha aterrizado sin tener demasiado en cuenta a los malagueños. La iniciativa ejerce de resistencia frente a un modelo que ha deshumanizado el cercano casco histórico, hoy casi un escenario de cartón piedra donde los visitantes pasean entre franquicias con los pocos vecinos que quedan, obligados a ser figurantes o marcharse. “El problema es la exclusión. Cuando todo se apuesta al turismo y la tecnología, la gente echa de menos otras cosas impulsadas por la propia ciudadanía que son respuesta a una necesidad que este modelo no atiende”.

Reivindica y defiende su entorno frente a la turistificación que, tras arrasar el centro, se extiende hacia otras áreas de la ciudad como una mancha de aceite. Su laboratorio de escritura hace de saco de tierra para detener el vertido. “Donde pones en

marcha una iniciativa cultural revitalizas el entorno. Es algo que no se ha terminado de entender, quizá porque se mira desde un punto de vista mercantilista. No es rédito económico, es beneficio social”, afirma. Él hace ciudad desde La Victoria, un lugar sin playa que ni desborda patrimonio histórico, ni es pintoresco ni se llena de *influencers*. No es Triana, el Raval, Pedregalejo o el Cabanyal, pero sus calles aglutinan todo lo que se espera de un barrio: bloques de viviendas populares, fruterías donde a cada cliente se lo conoce por su nombre, bares de menú del día, cafeterías en las que pasar la tarde, vecinos que se saludan por la calle y te preguntan cómo estás. Se ubica en Málaga pero podría hacerlo en cualquier otra urbe mediana por sus ingredientes comunes, esos que integran la ciu-

“Donde pones en marcha una iniciativa cultural revitalizas el entorno. No es rédito económico, es beneficio social”

dad de los 15 minutos. Tan sencillos y complejos a la vez.

El escritor confiesa que le gusta leer las ciudades como un libro y en la suya encuentra demasiados capítulos que se alejan del teórico éxito que ha disparado su popularidad nacional e internacional. Contarlo en *Málaga Hoy* cada domingo le ha valido numerosas críticas. “Esa es la función del periodismo: si tenemos al emperador desnudo, hay que señalar que está desnudo”, dice, esta vez tirando de Andersen y apurando un caldito de pintarroja en el bar Pepe. Sus crónicas —donde igual celebra la apertura de una biblioteca que critica las infinitas lucecitas navideñas— son seguidas con pasión por quienes asisten a sus cursos de narrativa breve, novela, poesía o teatro. Se celebran en esa habitación luminosa repleta de libros donde huele a flores recién cortadas y café. Por ella han pasado ya 300 personas, aunque hay una docena que asiste a distancia. La más joven tiene 14 años, y la mayor, 82. Unos buscan el Planeta, otros el reconocimiento privado: “Hay quien quiere ser escritor, pero también personas que solo buscan escribir la historia de su familia. Lo más increíble es ver cómo la gente incorpora la escritura a su vida cotidiana. Cómo una madre que trabaja fuera por las mañanas y en casa por las tardes ahora es capaz de sacar un rato para ella sola y escribir”. Los relatos y poemas del alumnado han servido ya a la editorial Bulevar de los Libros para publicar cuatro recopilaciones bajo el título *Astrocitys*, mientras prepara una colección de autores surgidos de este lugar en el que antes amasaban pizzas y ahora se cocina con palabras para alimentar la cultura del barrio. —EPS

Newsletter DE BODA



¿TE CASAS?



¡Nosotras sí! Somos dos periodistas de EL PAÍS que estamos organizando nuestra boda y queremos que nos acompañes en esta *newsletter* semanal de S MODA.

Nuestra experiencia nos servirá para tirar del hilo de los mil y un temas que hay que tener en cuenta a la hora de casarse.

Apúntate para leernos cada semana.



Juan José Millás

Un problema de carácter



EL ESTADO ES un impuntual patológico, no puedes quedar a comer con él porque acabas almorzando solo. No digo que no llegue, pero llega tarde (o nunca, que tampoco es raro). Seguimos creyendo en él por un imperativo de orden moral y de orden filosófico y de orden político y hasta por un imperativo de orden económico. Hace poco fui a renovarme el pasaporte. Pedí hora a través de internet y me la dieron para las 12.12 de un miércoles cualquiera. ¡Qué bien, para las 12.12! Tal precisión, pensé, solo podía indicar que las cosas marchaban. A las 12.37 aún no me habían atendido. Me informaron, al preguntar, de que siempre iban con retraso, ignoraban por qué, pero yo supe que era por esa vocación de hacerse esperar tan propia de él.

Lo mío fue una tontería, claro, comparado con los sucesos de la dana o con la noticia que ilustraba esta fotografía, según la cual novecientas mil personas (900.000) habían fallecido mientras esperaban la ayuda de la ley de la dependencia, aprobada ahora hace 18 años. Eso es llegar tarde muchas veces, demasiadas, casi un millón, sobre todo porque la mayoría de quienes las solicitan no están para bromas, no disponen por lo general de todo el tiempo del mundo. Vale que tarden una semana en darte hora para una consulta de primaria o meses para operarte de una hernia, pero una dependencia es una dependencia. Me cuentan, asimismo, de gente a la que los servicios médicos recomiendan no solicitar la eutanasia porque se van a morir antes de que se la concedan por la misma causa que la solicitan. Y no es una cuestión de maldad, ya digo, sino un problema de carácter. —EPS

FEMINISMO. MUSCHICRAFT: ENTRE BIRRAS Y VULVAS

La cerveza artesana creada por una artista vienesa busca convertir esta bebida en una forma de activismo.

POR IGOR LÓPEZ

EXISTE LA CERVEZA feminista? Existe: la elabora la empresa Muschicraft en Viena, en la etiqueta de su botella aparece una vulva y, según Sophie Tschannett, su artífice, en su fabricación se quebrantan diferentes leyes misóginas de países como Rusia, India, Italia o Estados Unidos. El neologismo germánico *muschicraft* (en castellano, poder vaginal) se le ocurrió hace cinco años a Tschannett, una artista vienesa en la treintena que también ejerce como trabajadora social, mientras navegaba por el Danubio en una barca a pedales con una amiga. “Me dijo que sus jefes no le habían asignado un proyecto importante por el hecho de ser mujer. Estaba muy cabreada y me contó sus planes al respecto. Le solté: ‘Creo que son geniales. Y surgen claramente de tu imparable poder vaginal’. La nueva palabra dio para unas cuantas pegatinas que la autora estampó por media capital austriaca... Pero ahí se quedó la cosa.

Un año más tarde, su pasión por la cerveza la llevó a investigar sobre el tema. “Pronto me di cuenta de que ese mercado estaba dominado por hombres”, recuerda Tschannett. “Todo lo que rodea a esta bebida es masculino y heterosexual: los ejecutivos son hombres, los que la fabrican son hombres y, sobre todo, la publicidad se centra casi exclusivamente en los hombres. Me pregunté cómo en el siglo XXI ninguna marca relevante ofrece una cerveza para todos: para mujeres, personas trans o *queer* y también para ellos”.

Así nacía Muschicraft (un juego de palabras con *craft beer*: cerveza artesanal), una *pale ale* producida con ingredientes locales, con notas de melón y pomelo y 5,2% de alcohol. Su meta es romper clichés, como que ellas no beben cerveza o que ellos parecen más masculinos cuando lo hacen. Y parte de sus ganancias se destina a proyectos feministas como Autonomie Österreichische Frauenhäuser (asociación de refugios autónomos para mujeres de Austria) o Women for Women (mujeres para mujeres).

En noviembre de 2023, la agencia de comunicación alemana HeimatTBWA contactó con ella para proponerle una idea que iba un paso más allá: “The most illegal beer” (la cerveza más ilegal), una nueva etiqueta que distribuiría la pequeña fábrica berlinesa Vagabund. “Fue una combinación perfecta, porque nuestra misión era mostrar que la desigualdad de género todavía existe”, afirma Tschannett. Para elaborarla asegura que se han infringido leyes de 50 países que, entre otras cosas, prohíben al sexo femenino producir alcohol, trabajar en turnos nocturnos, limpiar maquinaria, levantar barriles pesados o conducir camiones. ¿Cuál es la norma más absurda que transgrede? “Todas son estúpidas, pero si tuviera que elegir, sería una de Wyoming, en Estados Unidos. Aunque es poco probable que se aplique, allí no está permitido que una mujer que esté bebiendo se acerque a menos de cinco pies de una barra”, revela. “Esta es especialmente ridícula”.

La imagen de marca con forma de vulva no debería escandalizar a nadie, pero lo hace. “Muchos la encuentran ofensiva, aunque luego la publicidad de otras compañías sea totalmente sexista”, se lamenta. El objetivo del logotipo es eliminar el tabú respecto a la vulva y distanciarla de su asociación con la pornografía. “Al fin y al cabo, es una parte natural del cuerpo y no hay por qué avergonzarse de ella”, remata. “Para cambiar esa relación hacía falta una declaración potente e irritante. A veces, sigue siendo necesario provocar para llamar la atención sobre ciertos temas. Y tenía la sensación de que, al poner un coño en la etiqueta, mucha gente iba a enloquecer y le iba a resultar difícil afrontarlo”. ¡Prost! ¡Salud! —EPS



Fotografía de Muschicraft

Botellín de cerveza de la marca Muschicraft.



ESTÁ PASANDO

MITOLOGÍA INCÓMODA

Treinta años después de su detención y uno y medio tras su suicidio, la figura del terrorista estadounidense Theodore J. Kaczynski, *Unabomber*, sigue siendo referente para personajes tan dispares como Elon Musk o Luigi Mangione.

POR DANIEL MENÉNDEZ

CARLOS, NAVARRO DE 27 años, cuando se aburre, como la mayoría de su generación, recurre al viaje automático por redes sociales. YouTube, TikTok, Instagram, X... Al poco, aparece una publicación que ya había visto. Un pantallazo de una *app* que en inglés dice: "Crea tu propia IA para responder preguntas, compartir *links* y conectar con tus fans sin tener que aceptar solicitudes". Detrás del mensaje aparece un hombre barbudo, desaliñado. Carlos lo comparte con varios conocidos ideológicamente antagónicos, que ríen o comentan que tiene razón. El barbudo es Theodore J. Kaczynski, terrorista estadounidense conocido como *Unabomber*.

De entre todos los rincones de las redes sociales, de entre todas sus modas, pocas hay más extravagantes que los *posts* sobre Kaczynski. Fotos y vídeos con música machacona y pegadiza que muestran su refugio, sus bombas, pasajes de su manifiesto, su ficha

policial o su retrato robot. Perfiles que animan a tomar la “Ted-pastilla”. Referencia a la película *Matrix*, donde el protagonista escapa de su cárcel onírica tras ingerir una píldora roja. En este caso: el mundo industrial. El hombre, escribió Baudelaire, recorre el mundo entre bosques de símbolos que lo miran con ojos familiares.

Graduado precozmente en Harvard, Kaczynski completó su doctorado en Matemáticas en la Universidad de Michigan. Tesis tan compleja que se dijo que solo 10 o 12 personas en Estados Unidos podrían comprenderla. Más tarde fue profesor en Berkeley, renunciando dos años después para aislarse en una cabaña sin agua, gas ni electricidad, de apenas 13 metros cuadrados en los bosques de Montana, al más puro estilo de Thoreau o Emerson.

Desde allí atentó entre 1978 y 1995 con explosivos caseros contra académicos, empresarios e, indiscriminadamente, contra civiles. Mató a tres personas e hirió a 23. Pretendía acelerar el colapso de la sociedad industrial; logró que abrir el correo fuera fuente de nerviosismo para muchos estadounidenses. En 1995 propuso abandonar la violencia si un medio nacional publicaba un manifiesto donde exponía cómo los fundamentos sociales e industriales del sistema económico habían conducido a una era de sufrimiento y daños ambientales.

La fiscal general presionó y *The New York Times* y *The Washington Post* lo publicaron. El gran error de Kaczynski: voló demasiado cerca del sol. Su hermano David identificó sus ideas y estilo literario y lo notificó a las autoridades, que, tras un análisis lingüístico, lo confirmaron. Durante toda su campaña, el FBI gastó más de 50 millones de dólares y solo fue capaz de apresarlos por las cartas que proveyó su hermano. El diablo está en los detalles. Afrontó un juicio en el que se le denegó poder representarse a sí mismo, aun jugándose la pena de muerte, se declaró culpable y se le conmutó la sentencia por cuatro ca-

Tras su muerte en 2023 se produjo un auge de su figura, que ya venía acrecentándose a través de diferentes series y películas

denas perpetuas. David recibió un millón de dólares de recompensa; sus 30 monedas de plata.

En 1998, Unabomber cambió su cabaña de 13 metros cuadrados por una celda de siete en la prisión de máxima seguridad ADX Florence (Colorado), encarcelado junto a fundadores de Al Qaeda, espías soviéticos y El Chapo, entre otros. En 2021 fue trasladado a una prisión medicalizada donde, en junio de 2023, se suicidó.

Tras su muerte se ha producido un auge de su figura, que ya venía aumentando desde la emisión de varias series y películas sobre su vida por parte de gigantes audiovisuales como Netflix o Discovery Channel. Su manifiesto —gratuito y de dominio público— sigue siendo uno de los libros más vendidos en Amazon en la categoría de pensamiento radical. El FBI trasladó su cabaña en 2020 a sus oficinas al ver que se estaba convirtiendo en un lugar de peregrinación, y el pasado mes de junio, el libro *Old King*, de Maxim Loskutoff, que trata sobre Kaczynski, fue elegido como uno de los mejores del año por *Publishers Weekly*.

Si el filósofo Max Müller tenía razón cuando defendía que tanto en nuestra época como en la de Homero tenemos mitos —solo que no los identificamos porque vivimos a su sombra—, Kaczynski es uno de ellos. Originalmente influyó en actores de movimientos radicales ecologistas por su tecnofobia, pero sus virulen-

tas críticas contra el “izquierdismo” le han granjeado peso en la extrema derecha. El terrorista noruego Anders Breivik, autor de varios ataques en su país con el resultado de 77 asesinatos y más de 300 heridos en julio de 2011, plagió extensas partes de su manifiesto. El partido neonazi griego Amanecer Dorado tradujo su obra en 2018. Augustus Invictus, conocido supremacista blanco estadounidense, lo convirtió en audiolibro. Elon Musk tuiteó que “podría no estar equivocado”. El polémico comentarista estadounidense Tucker Carlson dijo sobre él: “Mala persona, pero buen análisis”. Y Luigi Mangione, quien asesinó el pasado diciembre al CEO de UnitedHealthcare, escribió en Goodreads una reseña del manifiesto que decía: “La violencia nunca ha resuelto nada es una frase pronunciada por cobardes y depredadores”.

El extremista viene mitificándose por perfiles políticos desconcertantemente diversos: anarcoprimitivistas, ecofascistas, marxistas ortodoxos, conservadores... Cada cual con sus propias incongruencias recoge e idealiza la figura y sus ideas. Al igual que los perfiles en redes sociales, romantizan el retorno a un modo de vida preindustrial por un diagnóstico distópico de la actualidad y su futuro, utilizando, paradójicamente, medios con millones de seguidores para difundir una filosofía antitecnológica.

Carlos seguirá deambulando por las redes y verá otra publicación similar, esta vez sobre publicidad celestial. Ahora será él quien afirme que tenía razón. En el bosque de Baudelaire, los símbolos acogen y cobijan, pero también enredan. Hay que andar prestando atención, aunque sea un bosque de Montana. —EPS

Theodore J. Kaczynski, *Unabomber*, es conducido por policías en Montana el 4 de abril de 1996.

Ni todo depende de nuestra voluntad ni el individuo puede vivir ajeno al contexto. Las crisis climáticas y económicas y la polarización son también un reto de salud mental.

CUANDO EL MALESTAR ES CULPA DEL ENTORNO

POR KIKE ESNAOLA
ILUSTRACIÓN DE LORENZO MONTATORE

LO QUE NOS rodea, nos atraviesa. El contexto socioeconómico tiene un impacto muy significativo sobre la salud psicológica de la comunidad y de los individuos que la conformamos y todos, en mayor o menor medida, somos vulnerables a los eventos importantes que suceden en nuestro entorno. El discurso imperante suele poner el foco en la individualización de las vivencias a través de eslóganes del tipo “si quieres, puedes”, “es cuestión de actitud”, o “tienes que ser fuerte”. Sin embargo, frente a un año marcado por la inestabilidad política, los conflictos globales, los fenómenos climáticos extremos o los problemas de empleo y vivienda, entre otros, no hay “fuerza de voluntad” que mitigue la influencia colectiva que tiene el contexto sobre nosotros.

En España, la dana no solo ha causado un desastre natural que se ha cobrado vidas y destrozado viviendas, lugares de empleo o espacios públicos. También ha supuesto una situación traumática para la sociedad valenciana y gran parte de la sociedad española, provocando secuelas psicológicas importantes: ansiedad, estrés postraumático y sentimientos profundos de desesperanza y tristeza.

Al mismo tiempo, gran parte de la población mundial experimenta cada vez mayores niveles de ecoansiedad, esto es, angustia creciente por la crisis climática, que afecta especialmente a los jóvenes, el colectivo más sensibilizado. Como plantea la psicóloga Jean Twenge, los jóvenes son siempre un altavoz de la salud psicológica

colectiva y, a su vez, tienen una influencia determinante en el sentir de la comunidad. En nuestro país, es la población más afectada por la situación económica y de vivienda, lo que provoca un clima de incertidumbre frente al futuro y una dificultad para proyectarse a medio plazo, inhibiendo las posibilidades de desarrollar un arraigo a los propios proyectos personales y teniendo que vivir forzosamente al día.

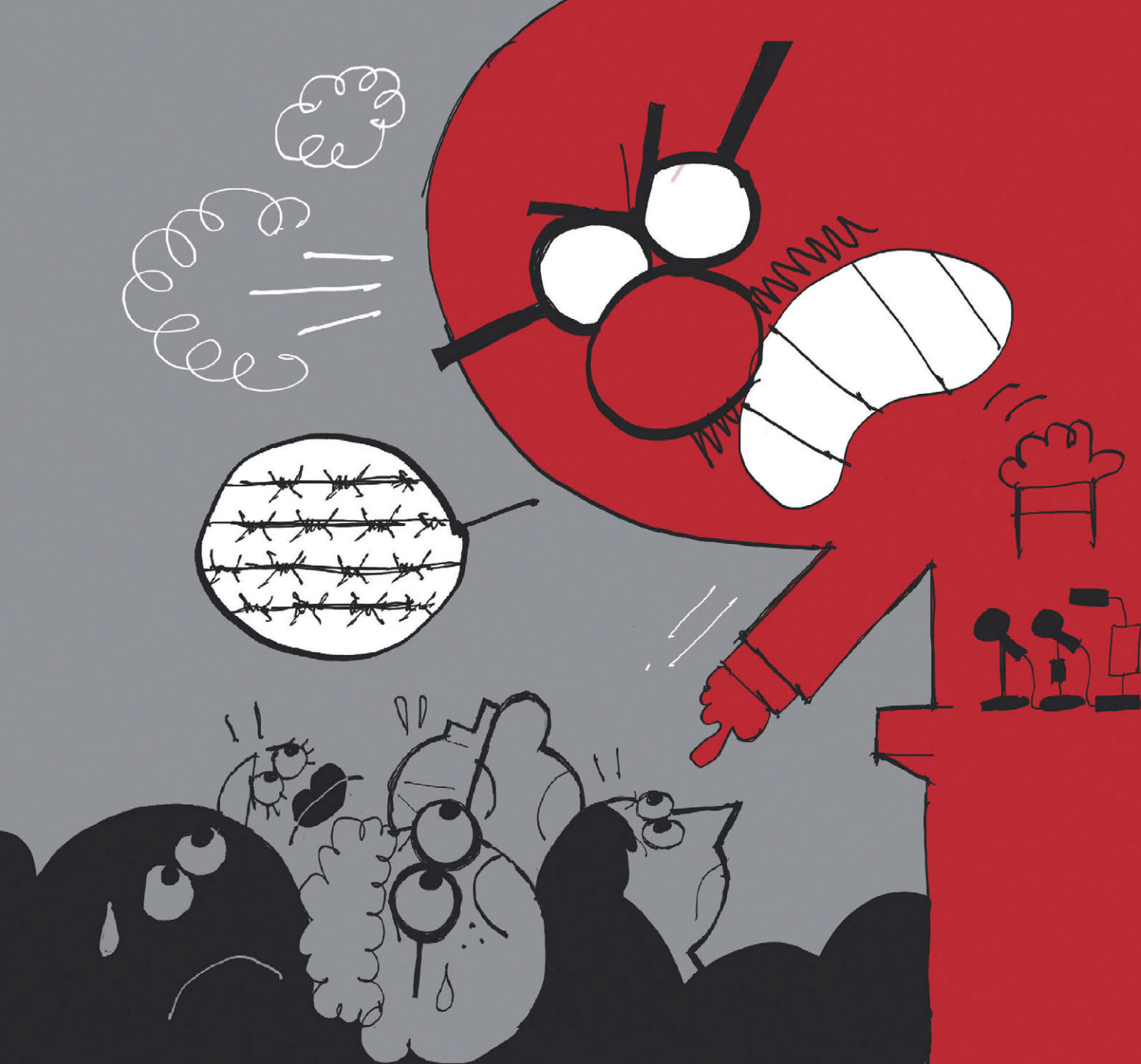
Todos estos fenómenos elevan la temperatura de la *olla a presión* social y cada vez sus *humos* son más visibles, *humos* que son amplificadas por la letal combinación entre los algoritmos de las redes sociales, las campañas mediáticas estratégicamente diseñadas para desinformar, polarizar y provocar burbujas informativas y la falta de competencias para hacer un consumo consciente y crítico.

El año 2024 ha puesto de manifiesto que estamos atravesando un auge de división ideológica y un aumento de posturas radicales que tienen su manifestación más extrema en las guerras. En este momento, el mundo enfrenta un récord histórico de 56 conflictos armados activos, la mayor cantidad registrada desde la II Guerra Mundial.

Este fenómeno no es aleatorio, vuelve a ser otro humo proveniente de un caldero con ingredientes diversos: la mencionada inseguridad económica, la desigualdad social, el miedo a los movimientos migratorios y a la rápida consecución de derechos de algunos colectivos junto con los retos que esto plantea o la desconfianza que muchas personas sienten hacia instituciones o hacia el propio sistema político, entre otros.

Esta fragmentación social tiene verdadero impacto negativo en la salud psicológica de la población porque hace más accesible deshumanizar al otro, etiquetarlo y convertirlo en adversario. De esta manera, se va dinamitando el sentido de comunidad y de pertenencia, necesidades afectivas que todas las personas buscamos cubrir.

¿Cuál es el resultado? Una sociedad que experimenta elevados niveles de aislamiento y soledad, lo que impide desarrollar un apego seguro con nuestra comunidad y, por tanto, con nosotros mismos. Esta alerta psicológica constante puede desencadenar involuntariamente mecanismos mentales más primitivos que se manifiestan en una narrativa presente en la sociedad occidental y de la que ciertos grupos políticos se han apropiado: dis-



torsiones cognitivas, generalización, dicotomización del pensamiento y sesgo endogrupo (“los inmigrantes son el problema”, “el colectivo LGBTIQ+ acabará con nuestros valores”, “el feminismo no es necesario”, “solo hay una forma correcta de pensamiento”, “ya todo vale...”). Estos discursos son un gran termómetro social y, cuando estamos asustados, el miedo nos separa.

La salud mental individual es inextricable de la situación sociocultural. Si estamos atravesando un momento de crisis colectiva de salud mental no es porque nuestra sociedad actual sea intrínsecamente más vulnerable, menos fuerte. Ese debate está vacío. Deberíamos hablar sobre la manera en que la salud psicológica y mental de

nuestra sociedad nos está informando sobre una realidad: nos olvidamos de la importancia de abrazar al otro, de disenter con serenidad, de valorar la diversidad como riqueza, de afrontar los retos complejos de esta sociedad plural con sentido de unidad, sin posturas restrictivas, punitivas o negadoras. Perdemos de vista que los humos que observamos no se disiparán, a menos que las personas aprendamos a reducir la temperatura de la olla.

Aceptar y afrontar el cambio, con todo lo que conlleva, a escala individual y grupal, es costoso. Pero no hay otro camino, y nos necesitamos unidos para recorrerlo. —EPS

—
Kike Esnaola es psicólogo y divulgador.

Afganistán:

el infierno de las mujeres

REPORTAJE

por Jesús Rodríguez
fotografía de
Samuel Sánchez

El regreso de los talibanes al poder ha provocado en Afganistán la mayor crisis para los derechos de las mujeres del planeta. Las leyes en esta dictadura islámica van dirigidas contra las afganas, que son víctimas de un cruel *apartheid* de género. Un viaje desde Kabul hasta las provincias más turbulentas para entender la vida en un Estado fallido, misógino y tribal.



Una mujer espera consulta
en el centro de salud
Omar Khil, en la hermética
provincia de Wardak.





REPORTAJE

Centro de aprendizaje acelerado de Unicef en Paktia, donde estudian 35 niñas.



REPORTAJE

A la izquierda, un talibán del Batallón Badri entre niños, en Surobi. Debajo, las calles de Kabul. En esta página, la enfermera Wahida Arya, de 27 años, en el Centro de nutrición Lewai Baba Jan.



CÓMO ME VOY a sentir siendo mujer en Afganistán, como si me hubieran robado la vida. Mira cómo voy vestida, me obligan a llevar esta ropa, a taparme la cara. Yo no he elegido esto". Estamos en un hospital de la mísera periferia de Kabul. La doctora que pronuncia estas palabras va cubierta de pies a cabeza por un espeso lienzo negro que apenas deja al descubierto el óvalo de su rostro. Tiene una mirada triste. Maneja un inglés perfecto. Revuelve entre los pliegues de su *abaya*, saca un móvil y muestra la imagen de una joven sonriente, con vaqueros, blusa blanca y la melena suelta: es ella hace poco más de tres años. "Nos han dejado fuera del sistema, sin un proyecto de vida, como un peso muerto. Me siento en un cementerio de sueños".

Hace poco más de tres años, entre el 15 y el 30 de agosto de 2021, los restos de los ejércitos de Estados Unidos y de las decenas de aliados que participaron en la *aventura* militar afgana durante dos décadas abandonaron el país desde el aeropuerto de Kabul, dejando las pistas salpicadas de cadáveres de afganos que pretendían huir y el camino expedito a los talibanes para hacerse con el poder e imponer su dictadura islámica. En torno a 130.000 personas partieron durante esos 15 días de caos sin pasaje de vuelta. Fue una retirada con sabor a rendición. El resultado del acuerdo de paz firmado en Doha (Qatar), en febrero de 2020, entre la primera Administración de Trump y la cúpula de los talibanes, entre un diplomático con traje y corbata y un mulá con túnica y turbante. En ambas delegaciones no había ni una sola presencia femenina. Para un diplomático afincado en Afganistán: "En Doha no se negoció nada sobre los derechos de las mujeres, los derechos humanos y la protección a los civiles; se habló de seguridad y terrorismo. Los talibanes fijaron las condiciones. Y el mundo asintió y se marchó. Ningún país ha reconocido oficialmente ese Gobierno *de facto* talibán; ha habido sanciones técnicas y financieras, y se han congelado sus fondos en el exterior (unos 8.000 millones de euros), pero nos hemos olvidado de su gente. Afganistán ya no está en nuestra agenda".

La derrota del 15 de agosto de 2021 la tendría que asumir para la historia Joe Biden. Fue el último regalo envenenado de Donald Trump. En una comparecencia ante el Congreso de Estados Unidos el pasado diciembre, Antony Blinken, el secretario de Estado en tiempo de descuento de Biden, se disculpó tíbiamente por aquella huida precipitada y reiteró que su pre-

sidente no tuvo alternativa. Lo que no reconoció Blinken es que esa derrota militar y diplomática ha desencadenado la peor crisis contra los derechos de las mujeres de todo el planeta. Lo que Naciones Unidas califica como "*apartheid* de género", y algunos países (entre ellos, España) presionan para que sea perseguido por la Corte Penal Internacional como un delito de lesa humanidad del Gobierno de los islamistas contra los 23 millones de afganas. El objetivo de los talibanes, que actúan al tiempo como clérigos, legisladores, policías y jueces, es eliminar sistemática y concienzudamente a las mujeres de la esfera pública y condenarlas al arresto domiciliario. Que tengan hijos (han proscrito los anticonceptivos), laboren el campo, trabajen en casa y sean invisibles. Ya lo son. Así justificó la actitud del Ejecutivo afgano su ministro del Interior, Sirajuddin Haqqani (un notorio insurgente por cuya cabeza ofrece el FBI una recompensa de 10 millones de dólares): "Queremos defender el honor, la reputación y la seguridad de nuestras mujeres".

Es una vuelta a la casilla de salida tras 20 años de guerra, dos millones de muertos y centenares de miles de millones de euros enterrados en este territorio olvidado de Asia, basado en la agricultura (con énfasis en el cultivo de opio), con 45 millones de habitantes, surcado por crueles cordilleras, sin salida al mar y empotrado entre Pakistán, Irán y China y tres repúblicas exsoviéticas. Y que ha derrotado a las potencias de cada capítulo de la historia: la Inglaterra colonial del siglo XIX, los rusos en la década de 1980

"SER MUJER EN AFGANISTÁN ES COMO SI TE ROBARAN LA VIDA. NOS HAN DEJADO FUERA DEL SISTEMA", DICE UNA DOCTORA



Arriba, el muro que rodea la Embajada de EE UU en Kabul. En él, los talibanes han pintado: "Nuestra nación derrotó a EE UU con la ayuda de Dios". Debajo, una división abandonada por los rusos en 1989, en Gardez.





REPORTAJE

Alumnos del colegio Abobaker Sedique, en la provincia de Wardak, un lugar aislado donde Unicef ha traído el agua. A las niñas no se las dejó salir para la fotografía.



y los estadounidenses en este siglo. Hasta llegar al actual callejón sin salida. Para tener una idea de las brutales restricciones de los derechos de las mujeres afganas en cuanto a libertad de movimiento, expresión y opinión, acceso a la justicia y la cultura, participación en la vida pública y la economía, vestimenta, educación, atención sanitaria, sexualidad o trabajo, solo hay que acudir a las fetuas de los primeros gobiernos de los entonces misteriosos talibanes, en 1996. Aún faltaban cinco años para el atentado de las Torres Gemelas y la invasión de Estados Unidos a Afganistán bajo el epígrafe de Operación Libertad Duradera, que buscaba acabar con los terroristas de Al Qaeda hospedados en su territorio. La consecuente operación de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF), formada por 50 países y liderada por la OTAN, pretendía estabilizar el país. Llegaron a tener a 130.000 soldados sobre el terreno. No lograron ni una cosa ni la otra. El desenlace de la interminable guerra de Afganistán (2001-2021) ha sido regresar al principio.

El país sufre un bucle temporal que conecta el presente con lo ocurrido 25 años atrás: los burkas, los AK-47, las flagelaciones y ejecuciones públicas, la pobreza, el aislamiento. La vida en Afganistán es un siniestro día de la marmota. Sin embargo, antes del regreso de los talibanes, hubo años de esperanza para las afganas bajo el protectorado de la comunidad internacional. Había 18.000 centros escolares en el país. Cerca de tres millones de niñas asistían a las escuelas primarias. Decenas de miles de chicas acudían a la Universidad. El 27% de los escaños del Parlamento estaban ocupados por diputadas y varias ocupaban departamentos ministeriales. También había juezas, fiscales y abogadas, directoras de hospital, cirujanas, profesoras, pilotos, artistas, locutoras de televisión y cantantes. En 2009 se redactó una avanzada legislación sobre violencia de género (la ley para la eliminación de la violencia contra la mujer) que penalizaba 22 formas de agresión, desde la violación y el matrimonio infantil, hasta el matrimonio forzado y la inmolación por la fuerza. Se creó incluso un Ministerio de Asuntos de la Mujer.

Nada más hacerse con el poder en 2021, los talibanes lo suprimieron e instalaron en su edificio el Ministerio de Prevención del Vicio y Promoción de la Virtud, dotado de su propia *policía* defensora de las costumbres. En días se prohibió a las mujeres volver al trabajo. Especialmente en el sector público. Solo quedaron exentas las profesionales de la sanidad, las maestras de primaria, las empleadas de seguridad y banca privada y (en

algunos casos) las que estaban a sueldo de las ONG. En semanas se eliminaron 14.000 empleos femeninos en la Administración. Más del 60% de las afganas perdieron sus trabajos. Todo junto ha provocado una caída de ingresos en los ya depauperados hogares de hasta 1.000 millones de euros anuales. En marzo de 2022 se impidió acudir a las escuelas de secundaria a 1,5 millones de niñas a partir de los 12 años (lo que ha representado, según Unicef, más de 3.000 millones de horas de aprendizaje perdidas). En diciembre de ese año se las arrojó también de la Universidad, su último refugio. El ministro de Educación, el veterano señor de la guerra Muhammad Nadim, aclaró al respecto: “Las estudiantes no cumplían el código de vestimenta islámico, asistían a clases sin un tutor masculino, estudiaban en el mismo aula que los varones y viajaban de una provincia a otra sin un acompañante familiar. No podemos consentir que la Universidad se convierta en una herramienta para desestabilizar al Gobierno”. A finales de 2024 se clausuraron las escuelas privadas de enfermería. Casi 40.000 mujeres se quedaron fuera de sus aulas en un país que necesita 18.000 comadronas. Las mujeres solo pueden ser atendidas médicamente por profesionales del género femenino y la tasa de mortalidad infantil y maternal es la más elevada del planeta. “Si solo nos pueden tratar las médicas y enfermeras, y ya no se forman en la Universidad, quién nos va a curar, esto va a ser un holocausto”, analiza una profesional afgana.

Cuando se aterriza de amanecida en el inmenso y desierto aeropuerto de Kabul, al que llegan contados vuelos desde Dubái, Irán, Arabia Saudí y Pakistán, y los cuatro periodistas de EL PAÍS se encaminan al precario servicio de inmigración, el bucle temporal se activa: efectivamente, los talibanes gobiernan Afganistán. Al igual que entre 1996 y 2001. Aquellos feroces guerreros de aspecto rural, armados hasta los dientes, cuya logística militar eran las pequeñas motocicletas Lifan y Caspian, son la autoridad del país. Su Ejército y Policía. Un politólogo afgano divide al movimiento talibán en tres niveles: “El *top circle* tiene buena educación, han vivido fuera y quieren que se recupere la economía y el reconocimiento internacional, ofreciendo a cambio que Afganistán no vuelva a ser un santuario del terrorismo. El círculo medio son los burócratas, gente que viene del régimen anterior, se ha cambiado de chaqueta, se están adaptando a su estilo de vida y son imprescindibles para que el país no se derrumbe, porque los actuales talibanes no tienen expe-

SEGÚN UNA LEY DEL GOBIERNO TALIBÁN: “LA MUJER DEBE CUBRIRSE

riencia de gobierno ni de gestionar un país. El problema es que decenas de miles de profesionales han huido en una dramática fuga de cerebros. Para terminar, el círculo inferior lo forman los talibanes que están en la calle, que son analfabetos y muy susceptibles; su niñez y juventud han transcurrido en plena guerra, tienen una educación rigorista y son los que meten miedo. Si sus mulás les ordenan que maten, matarán. Sin pestañear”.

Estos últimos nos reciben en el aeropuerto de Kabul. Visten una combinación de prendas tradicionales con complementos de camuflaje y el fusil al hombro. Nos interrogan con la mirada. Después llega la desasosegante comprobación administrativa en un cubículo de falsa madera donde bulle una tetera. Las únicas mujeres son tres empleadas que se dedican a los registros femeninos. El trámite de entrada no es largo. Pero nos retiran durante 48 horas los pasaportes. Lo que nos originará esa misma noche una larga detención en un *check point* de los talibanes, sin documentos, conexión en el móvil ni posibilidad de comunicarnos en inglés. Nos rescatará Naciones Unidas vía un teléfono internacional de emergencia. Al día siguiente, el jefe de seguridad de Unicef, antiguo oficial británico, intenta tranquilizarnos: “Los periodistas no son en estos momentos un objetivo militar. El problema sería un secuestro o que les pille un ataque en un *check point*, un tiroteo o un camión bomba. Limítense al programa y no se metan en líos”. Bienvenidos al Emirato Islámico de Afganistán.

Onde en Kabul la nueva bandera blanca cruzada en negro con la inscripción vertebral del islam, la *shahada*: “No hay más dios que Alá”. Nos sumergimos en el hormigueo de una ciudad de cinco millones de habitantes con una pobreza que supera a la mitad de la población, y donde el 40% tiene menos de 14 años. Se suceden los mercadillos y puestos callejeros; la venta de verduras, frutas y pollos que corretean junto a ganchos con carne colgada a la intemperie; el cauce del río Kabul es un basurero donde desembocan las aguas fecales de la ciudad; abundan las mezquitas con cúpulas doradas; imperan los viejos taxis Toyota Corolla azul turquesa (muchos, con el volante a la derecha porque son más baratos de importar de Japón). Hay perros callejeros, barrizales, cambistas, niños y mujeres con burka pidiendo limosna, rebaños dispersos de ovejas y un tráfico sin ley orquestado por una sinfonía de bocinas. Las avenidas más importantes, especialmente en la Zona Verde que albergó a las embajadas (hoy cerradas o aletargadas), se convierten en

embudos de controles y filas interminables de módulos de hormigón de cuatro metros de altura (los *T wall*) que protegen los edificios de los disparos y los coches bomba. Algunos han sido decorados con versículos del Corán y consignas políticas. Y pasquines gubernamentales indicando a las mujeres cómo llevar adecuadamente el velo. El muro que rodea la fantasmal legación estadounidense está cubierto por un gran grafiti que representa la bandera de las barras y estrellas desmoronándose por el empuje de muchas manos junto a este texto: “Nuestra nación derrotó a Estados Unidos con la ayuda de Dios”. Nadie parece prestarle mucha atención.

En las tiendas y peluquerías no hay representación de rostros. Está prohibido. Algunos anuncios femeninos han sido burdamente emborronados con pintura. Y los maniqués, decapitados o sus cabezas cubiertas con bolsas de plástico. Los salones de belleza y peluquerías femeninas fueron obligados a cerrar el año pasado. Eran uno de los últimos lugares donde las afganas podían escapar unas horas de su clausura. Los talibanes son omnipresentes en las calles; las armas, ubicuas: viejos *kaláshnikov* reparados con cinta adhesiva para los niveles más bajos del escalafón y fusiles americanos M16 y M4 para los batallones de la muerte, que se mueven con displicencia en camionetas artilladas.

Las escasas mujeres que se ven por las calles llevan el rostro tapado con burka, velo o la socorrida mascarilla negra y tienen prohibido en su indumentaria las deportivas, los tacones y el color blanco. Los mandamientos de su comportamiento son interminables, no cumplirlos puede conducirlos sin juicio a la tortura y la cárcel. Entre los artículos más destacados de esa legislación están los siguientes: “La mujer debe cubrir todo su cuerpo. La mujer debe cubrirse la cara para evitar que se produzca un desorden o caos social. Las voces de las mujeres (en una canción, un himno, un recital, una reunión) también deben ocultarse. La ropa de una mujer no debe ser fina, corta ni ajustada”. Las niñas, camino de colegio, van con velo. Las afganas tienen vetados los baños públicos, los parques, cines, estadios, gimnasios, el transporte público junto a varones y la práctica de deporte en la calle. No pueden usar teléfonos inteligentes. No pueden conducir. Cuando van al médico deben ir acompañadas por un tutor. No pueden viajar solas a más de 72 kilómetros. No pueden abandonar el país.

Aunque la mayoría de los hombres son muy jóvenes, no se divisan prendas deportivas ni camisetas de fútbol,

LA CARA PARA EVITAR QUE SE PRODUZCA UN DESORDEN SOCIAL”



Arriba, la doctora Saliha, que trabaja en un hospital de Kabul, y Haji Asil, jefe del poblado de Wech Khash. Debajo, las alumnas y profesores del colegio Abobaker, en Wardak.

un deporte que ha sido desterrado del país. El críquet es el deporte nacional. Ellos tienen vetado, en genérico, “imitar a los occidentales en apariencia o carácter”. Visten el atuendo tradicional afgano (el *salwar kameez*) que debe ser de manga larga, holgado (sobre todo en algunas partes del cuerpo, según reza la ley) y por debajo de las rodillas. La barba debe tener al menos un puño de longitud (como establece la ley del vicio y la virtud, en su artículo 22). En esa línea de pureza indumentaria se han puesto de moda entre los hombres los chales sobre los hombros y las coloridas alfombrillas de reza colocadas en el asiento de las motos, al estilo insurgente. La única divergencia estética masculina se desarrolla en el terreno de las prendas de cabeza. Abundan entre los jóvenes los pequeños gorros redondos de Kandahar (el territorio ultraconservador donde se originó el movimiento talibán), pero el turbante negro sigue marcando carácter entre los jerarcas. La popular gorra flexible *pakul*, habitual en los muyahidines que lucharon contra los soviéticos, no está bien vista por el régimen, aunque abunda en las montañas. Y las fuerzas especiales oscilan entre las gorras de béisbol y las *kufiyas* árabes cubriéndoles la cara, ambas conjuntadas con gafas negras Oakley.

Para acceder a nuestro hotel, el Serena, el clásico de los diplomáticos en Kabul, hay que atravesar cinco controles de seguridad, con rastreo de los bajos del coche, olfateo de perros, Rayos X, arcos de detección de armas y cacheos intensivos a cargo de talibanes. En el hotel es obligatorio pagar la factura en *cash* y en dólares: el Gobierno de Afganistán ha sido sancionado a permanecer fuera del circuito financiero internacional y, por consiguiente, del pago con tarjetas. Este hotel-búnker fue el objetivo de un atentado talibán en enero de 2008, con el resultado de ocho muertos. El hombre que decidió el ataque es hoy el ministro del Interior, Sirajuddin Haqqani. “Le dirán los líderes talibanes que Afganistán es mucho más seguro que en 2021, cuando murieron 35.000 personas”, explica un intelectual afgano, “y es cierto, ya

no hay insurgencia, porque los insurgentes están en el poder. Y también se ha reducido en un 90% el cultivo de opio. Y eso le gusta a la comunidad internacional. El gran problema de los talibanes es el ISIS-K, una filial del Estado Islámico con la que combaten a diario, y que asesinó a tres turistas españoles en Bamiyán en mayo de 2024. Y también se esconden en su territorio otra veintena de grupos terroristas”.

Un par de meses después de esta entrevista en Kabul, el Estado Islámico asesinó en un ataque suicida en su despacho del centro de la capital al ministro talibán Khalil Rahman Haqqani, miembro del poderoso clan Red Haqqani y tío del citado Sirajuddin. Las divisiones entre los distintos sectores del movimiento talibán son, al parecer, profundas. Por un lado está la misteriosa ala religiosa del movimiento, recluida en Kandahar, con el mulá Haibatulá Ajundzadā al frente (al que nadie ha visto en persona), que dicta las normas y no tiene presencia pública (“lo que provoca en el país una mezcla de desconfianza y deificación”, según un intelectual afgano). Y por otro lado están los más posibilistas, en Kabul, que serían proclives a abrir la puerta a la educación de las niñas. El movimiento talibán no es una fuerza monolítica, está compuesto por un aluvión de razas, tribus, subtribus y clanes. Como caricaturiza un contratista occidental en Kabul: “A los talibanes les pasa como en la película *La vida de Brian*, en la que estaban el Frente de Liberación de Judea y sus escisiones, el Frente Judaico Popular y el Frente Popular del Pueblo Judaico, y así sucesivamente. Se llevan a matar. Les mantiene unidos el poder”. Decididamente, este país no es un lugar tan seguro como pregona la propaganda del Emirato en los medios diplomáticos para dejar de ser un Estado proscrito.

Entramos en Afganistán gracias a Unicef, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Siete de las principales agencias de la ONU no abandonaron el país en agosto de 2021, como hicieron todas las representaciones diplomáticas del mundo. Han permanecido aquí contra viento y marea. Algunos de sus miembros (unos 150 en Kabul, recluidos en un complejo amurallado en la carretera de Jalalabad que se asemeja a una prisión de alta seguridad) recuerdan aquellas jornadas de caos: los intensos rumores, el cerco de la capital por los talibanes desde sus cuatro puertas de entrada, la caída y la huida del an-

“YA NO HAY INSURGENCIA EN AFGANISTÁN, PORQUE LOS INSURGENTES ESTÁN EN EL PODER”, SEGÚN UN AFGANO



REPORTAJE

En esta página, talibanes del Batallón Badri 313 en la provincia de Wardak. A la derecha, arriba, la enfermera Asma en el hospital de Maidan Wardak, y debajo, vista aérea de Kabul.



terior Gobierno, el terror de las mujeres, las caravanas para llegar al aeropuerto, los disparos y las explosiones.

Unicef tiene un mandato universal: ser la conciencia global de la infancia y, por extensión, de sus madres. La vida de sus trabajadores en Kabul es difícil. Su tiempo libre jamás transcurre fuera de las alambradas del complejo, por miedo a los secuestros y atentados. Están destinados en Afganistán sin familia. Rotan. Su dedicación es inmensa. El núcleo duro de su labor es proteger los derechos de la niñez y las mujeres. Llegan donde el Gobierno afgano no llega. Costean el salario de 27.000 profesionales de la salud, ayudan económicamente a otros 30.000 y corren con los gastos, las medicinas, el equipamiento y el entrenamiento en 2.400 centros sanitarios. Entre sus logros, atender sanitariamente en un año a 20 millones de personas, proporcionar agua potable (las diarreas son el primer motivo de muerte) a 2,1 millones y saneamiento a otro millón más; vacunar a 1,4 millones de niños y arrancar de la muerte a 715.000 severamente desnutridos. Y dar educación de emergencia a 686.000 menores (el 60%, niñas). “Cómo van a expulsar los talibanes a Unicef de Afganistán si les hace la mitad del trabajo, estarían chalados”, ironiza un diplomático.

Igual de esencial es su papel como testigos de cargo. Son observadores privilegiados de lo que pasa en los rincones más profundos de este país y de cómo la comunidad internacional puede remediarlo. Son una correa de transmisión con el exterior, testigos de los crímenes y vejaciones que viven las mujeres. Se mueven en una zona gris, en una diplomacia en la sombra con los talibanes, “donde hay que tener discreción para que no lo paguen los niños”, explica un miembro de la agencia. “El Gobierno no se puede mosquear con nosotros; tenemos que ir con pies de plomo. Mantenemos a diario una negociación subterránea. La educación de las niñas es la línea roja del Gobierno: no podemos hablar de ese tema. Pero, mientras, hacemos cosas, en voz baja, discretamente, sin darle publicidad. En caso contrario, nos lo suspenderían en el acto. No lo publicitamos, sino que se lo ofrecemos a las mujeres en nuestros centros, bajo cuerda. Son lugares seguros, donde las niñas están protegidas y las mujeres se pueden reunir y hablar; donde se cuida su salud mental, se habla de prácticas saludables de vida, del cuidado de los hijos y se proporcionan (bajo mano) enseñanzas bá-

sicas. En esa zona en sombra podemos explotar nuestras posibilidades, ir más lejos y dar una vida mejor a la gente”.

—¿Y cuál es el papel de los hombres afganos en todo ese proceso?

—Ellos jamás vienen a nuestros dispositivos. Su colaboración fundamental es que dejen venir a sus mujeres a nuestros centros, que no se lo impidan.

Una profesional afgana de Unicef en un hospital público explica: “Aquí tenemos un problema añadido: las heridas invisibles de las mujeres. Las niñas de 12 años se derrumban cuando las sacan del colegio y las recluyen en casa. No tienen oportunidades ni opciones. Solo casarse con alguien al que no pueden elegir. Y eso está machacando su cabeza. Padecen miedo, depresión, ansiedad, insomnio. Un tercio de las adolescentes sufren anemia. Pero también está favoreciendo su resiliencia. Ser mujer en Afganistán es muy muy difícil. Estamos capitaneando la oposición, sobre todo desde las redes sociales, porque en la calle somos un objetivo directo de los talibanes y nuestras manifestaciones se han reducido al mínimo. En los dos primeros años, el 90% de nuestras protestas eran callejeras. Ahora, solo el 6%. Todas estamos tocadas. El 50% de los suicidios se dan entre chicas muy jóvenes. Las afganas sobrevivimos entre la depresión, la resiliencia y la huida”. Una doctora afgana remacha en Kabul: “Cada mujer es torturada de una manera distinta, tanto mental como físicamente. El mayor dolor que soportan las niñas es la privación de la educación; la raíz de su sufrimiento surge de esta falta de escolarización. Se ven privadas de sus derechos, ni siquiera se les permite tener tiempo libre, elegir su ropa o aspirar a un futuro laboral. En Afganistán, si eres mujer, o resistes o te suicidas”.

Empotrarnos una semana en Unicef nos proporciona el acceso a algunos de los rincones más recónditos que han pasado más de 40 años en guerra y décadas gobernados *de facto* por los talibanes. Vamos a viajar al deprimido distrito de Kabul y a otras tres provincias: Paktia, una de las más religiosas y conservadoras, cercana a la frontera con Pakistán y feudo de la violenta Red Haqqani; Wardak, hermética, siempre tutelada por los talibanes, que los *boinas verdes* estadounidenses intentaron tomar sin éxito y donde instalaron una cárcel secreta, y la tribal Surobi, a la que se accede por el vertiginoso desfiladero Tang-e Gharu, donde fueron emboscados los rusos en

“LAS MUJERES CAPITANEAMOS LA OPOSICIÓN DESDE LAS REDES SOCIALES, EN LA CALLE SOMOS OBJETIVO DE LOS TALIBANES”



Dos escenas de Kabul:
una mujer viaja en la parte
trasera de una camioneta,
y un control de talibanes.

la década de 1980 y los franceses en 2009. Nuestro medio de transporte son las *bestias* de las Naciones Unidas: todoterrenos Toyota Land Cruiser 300, con un peso de 5.000 kilos y un blindaje (según nos explica un oficial de seguridad) “capaz de resistir el impacto de todo tipo de proyectiles de fusil y la explosión de 15 kilos de TNT a dos metros”. Las tres horas de viaje a Gardez se harán por motivos de seguridad en una pequeña Cessna de la compañía aérea PACTEC, que se dedica a vuelos humanitarios. El aterrizaje se realiza (después de un intento abortado) en una pista con el aspecto y la textura de un camino de cabras. En torno a ella permanece en perfecto orden de revista la chatarra de una división acorazada soviética, con sus carros de combate roídos por el óxido.

En cada recorrido nos acompaña (y hace un informe de nuestros movimientos) una escolta de los talibanes compuesta por ocho milicianos en camionetas *pick-up* cuyos gastos corren por cuenta de Naciones Unidas. “Nos protegen de ellos mismos”, ironiza uno de nuestros conductores. Es una situación incómoda. Las traseras de sus vehículos son un revoltijo de armas y alfombrillas para rezar. Visten uniformes negros de camuflaje, *kufiyas*, gafas negras y guantes con los nudillos metálicos; barbas y melenas; llevan todo de tipo de armas (la mayoría, material dejado atrás por los estadounidenses), cascots, cuchillos, cargadores, granadas y unas largas bridas para inmovilizar de pies y manos. No estamos autorizados a hablar con ellos. Tampoco se dejan retratar, una ley del Emirato prohíbe “hacer fotografías o vídeos de cualquier objeto animado con computadoras, teléfonos móviles o cualquier otro dispositivo”. El primer día el traductor advierte: “Te pueden pegar un tiro en la cara”. El último día, uno de ellos, repantingado en un camastro con su fusil americano M16 sobre el pecho, rompe el silencio y nos explica con orgullo que forman parte del Batallón Badri 313, la élite de las Operaciones Especiales afganas, conectado con la Red Haqqani, y que han participado en todas las grandes batallas “contra el invasor” y en la toma del aeropuerto de Kabul “durante la conquista”. Cuando se cansa de responder, pregunta con cara de póquer: “Y usted, ¿qué opina de la religión? ¿Cree en Dios? ¿Es cristiano?”. Contestamos lo que el otro quiere escuchar: “Hay un solo Dios, aunque en cada sitio le llamamos de una forma”. Y añadimos un relato sobre Al-Andalus, una joya del islam de la que nunca ha oído hablar. “Me suena muy bien lo que me dice usted de ese sitio”, responde el talibán. Pero rechaza el retrato una vez más con un gesto de desprecio.

En el campo las mujeres son aún más invisibles. Desaparecen en sus casas de adobe sin dejar rastro. Es imposible hablar con ellas. La única pista de su existencia es su ropa tendida. Además de esta evidencia, lo más duro de Afganistán es la pobreza. Ya sea en las favelas retrepadas sobre Kabul o en aldeas que no figuran en los mapas. El cambio climático está causando estragos con sequías e inundaciones. Un campesino cobra cinco dólares por una jornada de trabajo. Se vive de las manzanas, las patatas, el maíz y las frutas de temporada. El 45% de los recién nacidos no está registrado; muchos se convertirán en niños soldados. Hay poblados sin agua ni luz.

La mayoría de las mujeres pare en casa. La ley en cada aldea emana de los ancianos, que imparten justicia de acuerdo a los códigos tribales. Lo explicaba en las montañas de Paktia el jefe de una tribu, con turbante negro y espesa barba blanca: “Los talibanes mandan en lo político y nosotros en la vida diaria. Nos repartimos el poder. Aquí somos orgullosos, solucionamos las cosas sin policías ni mulás. Si una mujer se quiere divorciar, yo le digo que por el *pashtunwali* [código pastún] no puede hacerlo y que se vuelva a casa con su marido y cambie su actitud”. Cuando se le pregunta al anciano de otra tribu sobre los derechos de las mujeres, contesta: “Tienen su sitio en la casa; y también se reúnen en entierros y en las bodas”.

La llegada de los talibanes al poder ha reactivado el circuito de madrasas (escuelas coránicas rigoristas), destinadas especialmente a las mujeres tras la prohibición de su acceso a la educación secundaria. Hay, según su Ministerio de Educación, más de 21.000, un 70% controladas por el Gobierno, a las que asisten cerca de 100.000 mujeres, que las aprovechan en muchos casos como la única alternativa para seguir estudiando, aunque sea a través del prisma del islam extremo. Lo confirma un afgano: “Mis hijas van a la madrasa un par de horas al día; por lo menos salen de casa, pero no tienen ninguna certificación oficial y les están metiendo mucha porquería en la cabeza”. En esa línea doctrinal, los talibanes han revisado los planes de estudio de toda la educación primaria, media y superior, de los que han eliminado, por ejemplo, el concepto de derechos humanos y la igualdad de género, para introducir materias como Recitación del Corán, Jurisprudencia Islámica o Figuras Prominentes del Islam. El aleccionamiento político-religioso es más descarnado que nunca. Durante una visita a un poblado recóndito de Wardak, donde Unicef ha instalado un servicio de agua potable para 430 alumnos en un colegio

“LOS TALIBANES SE SIENTEN GANADORES Y NO ESTÁN DISPUESTOS

aislado, al final del acto, un chaval de 10 años es animado por sus profesores a entonar un cántico dedicado a los visitantes. Salmodia un rato. Suena claramente a recitación del Corán. Preguntamos a un profesor ataviado con aditamentos talibanes sobre el sentido de la canción. Nos engaña: “Es una tonada popular de los niños del colegio”. Cuando se va, se acerca otro docente y nos susurra en inglés: “Ha cantado parte de una sura del Corán sobre la guerra santa que dice: ‘Salid a luchar, sea cual sea vuestro estado, y combatid con vuestros bienes y vuestras vidas por la causa de Alá’. Trata de la yihad. Es parte del adoctrinamiento en las escuelas”.

Dos niñas, de 15 y 10 años, estudian Matemáticas en Wardak. “Nos gustaría seguir estudiando y servir a nuestro país”, dice una de ellas. “Pero las leyes son así”. La resignación también resuena en las palabras de una profesora llamada Sima: “¿Qué va a ser de ellas? Será lo que Dios quiera”. Otra mujer que prefiere mantener el anonimato se queja: “El Corán dice que tenemos los mismos derechos que los hombres, el derecho a trabajar y educarnos. Ese Corán de los talibanes no es cierto. Cuando una mujer no está educada, no puede educar ni ayudar a sus hijos”.

Un profesional afgano, de nombre supuesto Abdullah, tiene claro que el sistema educativo se está radicalizando: “Está cribando materias y reemplazando los planes de estudio modernos por enseñanzas religiosas. Vamos al precipicio”. Abdullah es un profesional de 40 años. Habla un inglés impecable y ha estudiado dos carreras. Tiene cuatro hijas. La mayor cumple 12 años: la edad en la que debe abandonar la escuela. Cuando habla de su futuro, se le humedecen los ojos.

—¿Qué piensan hacer con su hija?

—El año que viene tendrá que quedarse en casa aprendiendo con nosotros o, informalmente, por internet, como millones de niñas más en este país. El problema es que esos estudios *online* no están reglados, por lo que son una alternativa temporal. ¡Qué va a ser de ellas! Otra posibilidad es matricularla en una escuela clandestina, pero es peligroso. La escolarización de las niñas es la preocupación de los padres en Afganistán. Nadie está de acuerdo con esa medida, pero hay miedo y, por eso, miles de familias están abandonando el país. Hay seis millones de afganos refugiados fuera.

Comprobamos en algunas de las provincias perdidas de Afganistán cómo Unicef consigue que en sus pequeños oasis las niñas canten y bailen en un país donde se prohíbe cantar y bailar; continúen estudiando a partir

de los 12 años en escuelas alternativas, y que las mujeres se reúnan y hablen entre ellas en un país que proscribe que se relacionen. Y reviven a niños desnutridos con complejos alimenticios F-75 y F-100, proporcionan agua potable a una población que en un 42% muere de diarreas y vacunan, median, forman, protegen, dan apoyo psicosocial y aportan la última esperanza a las mujeres en un Estado totalitario que las ha convertido en parias.

Una sola palabra del líder supremo, el comandante de los creyentes, Haibatulá Ajundzadá, oculto en Kandahar, puede cambiar la existencia de las afganas. Parece estar empeñado en no aflojar. “Los talibanes se sienten ganadores y no están dispuestos a hacer concesiones”, explica un profesional afgano. “Que la comunidad internacional no se olvide de nosotras, que no nos abandone, son nuestra última esperanza”, pide una enfermera. Tras la retirada en agosto de 2021, el mundo ha presionado al régimen con sanciones económicas que han machacado aún más un país donde la mitad de la población se muere de hambre y la esperanza de vida es de 54 años (30 menos que la de un español). Un reciente informe de las Naciones Unidas concluye que el país necesitará 2.500 millones de euros en ayuda humanitaria solo este año. El no reconocimiento diplomático de Afganistán es la última herramienta de presión de la comunidad internacional para lograr que los talibanes respeten los derechos de las mujeres. Pero ese consenso se está resquebrajando: Afganistán ya tiene embajadas abiertas en numerosos países del mundo y mantiene relaciones *no oficiales* cada vez más estrechas con sus vecinos, Irán, Pakistán, China y las repúblicas de Asia Central; con la mayoría de los países islámicos, la India y Rusia. Todas van reabriendo tímidamente sus legaciones en Kabul. “Frente al no reconocimiento oficial se va imponiendo la realidad de la normalización *de facto*”, explica un politólogo afgano, que continúa: “El último elemento de negociación que les queda a los talibanes son las mujeres. No tienen armas nucleares, petróleo ni socios poderosos. Y van a usar los derechos de las afganas como moneda de cambio para negociar las ayudas y el reconocimiento de la UE y Estados Unidos. Su único activo para chantajear al mundo es la subasta de los derechos de las mujeres”.

Cuando se le pregunta a una de ellas, la enfermera Wahida Arya, de 27 años, en el centro de nutrición de Lewai Baba Jan, si en Afganistán es preferible ser hombre o mujer, sonríe y contesta con carácter: “Yo prefiero ser mujer; somos mucho más fuertes”. —EPS

A HACER CONCESIONES CON LAS MUJERES”, DICE UN AFGANO

Paco Ibáñez

“Ya no hay indignación, ya no hay opinión, todo es yo, ¡el ‘yoísmo’!”

El juglar rojo que cantó y sigue cantando a Lorca, a Góngora, a Alberti, a Neruda y a los otros grandes de la poesía en español cumplió hace poco 90 años, de los que ha empleado más de 60 en pisar escenarios de medio mundo y publicar un buen puñado de discos a caballo entre la creación musical y el activismo político, para él inseparables. Ahora lo celebra con un nuevo álbum en ciernes y una serie de conciertos. Tiene 90 en el DNI pero, asegura, 30 en el espíritu.

por Borja Hermoso
fotografía de Caterina Barjau



PACO IBÁÑEZ SE morirá —y los demás también— sin saber por qué su adorado tío Ramón, un *kashero* cascarrabias del pueblo de Aduna (Gipuzkoa), cada vez que él le preguntaba “¿Zer moduz, osaba?” (¿Qué tal estás, tío?), le contestaba “¡Gaizkiiii!” (¡Maaaaa!). Pero qué otra cosa es la vida que las grandes preguntas sin respuesta o con respuesta indescifrable. Él, al contrario que el *osaba* Ramón, se encuentra bien, gracias. Si no, no se explicaría que los 90 años que cumplió el 20 de noviembre los afronte ni más ni menos que preparando un nuevo disco —*Érase una vez*— con alguna composición inédita y nuevos arreglos y adaptaciones de temas viejos, y con una minigira que le llevará, de momento, a Barcelona (Palau de la Música, 16 de enero), Madrid (Teatro Coliseum, 27 de enero) y Bilbao (Teatro Campos Elíseos, 15 de febrero), aunque ya tiene previsto otro recital sin fecha confirmada en París.

Para quien —en tiempos como estos de genios musicales españoles y latinos a repetición y *fotocopiamente* ocupando sin desmayo la primera plana— no conozca a Paco Ibáñez, hay que empezar diciendo que hablamos de un pionero. Él fue el cantautor que empezó a poner voz y guitarra hace más de 60 años a los grandes de la poesía en español. Desde Góngora y Lorca hasta José Agustín Goytisolo y Gil de Biedma pasando por Neruda, Rubén Darío, Blas de Otero, Celaya, Cernuda, Alberti o Miguel Hernández, su timbre ronco y feroz ha retumbado en escenarios de medio mundo y en sucesivos discos convertidos ya en clásicos, siempre en un cruce de caminos entre la creación musical y un incansable activismo de izquierdas que lo convirtió en presa recurrente de la censura franquista.

Nacido en Valencia de un valenciano y una guipuzcoana que se habían conocido en París, su biografía mareaba un poco. Tras vivir en Valencia y en Barcelona, la familia se exilió en Francia tras la derrota de la República en la Guerra Civil. El padre, un ebanista anarquista del que él aprendería el oficio, fue detenido e internado en los campos de trabajo de Saint-Cyprien y Argelès-sur-Mer, en el sur de Francia. Fue cuando la madre y los hijos regresaron a España, instalándose en San Sebastián. El pequeño Paco fue enviado entonces a Apakintza, el caserío familiar de Aduna, con sus tíos y abuelos. Allí, cantando a las vacas y a las ovejas, se fraguó el vascoparlante que es (habla castellano, euskera, catalán, francés, italiano y hebreo), recuerdos que recogería en 1999 en su disco *Oroitzen* (Recordando). En 1948, su madre, sus tres hermanos y él cruzaron la frontera y se reunieron en Perpiñán con el padre. Tras unos años allí, marcharon a vivir

a París, ciudad que cambiaría la vida de Paco Ibáñez. Allí conoció, en 1955 y durante un concierto en la sala Olympia, a Georges Brassens, que a la postre sería el clic que le llevaría a dedicarse a la canción.

El músico que se marchó *A galopar* con Alberti ha vivido en Valencia, Barcelona (varias veces), Madrid, Perpiñán, Aduna, París (varias veces) y ahora, desde hace dos años, lo hace con su compañera Julia en Camallera, un pueblecito perdido del Alt Empordà. Allí nos sentamos con él para hablar del ayer pero, sobre todo, del hoy. Que del mañana, ya si eso.

Si yo le preguntara cómo es que con 90 años prepara un nuevo disco y una serie de conciertos, usted podría contestar con toda ley que los 90 es una edad como otra cualquiera, ¿no?

Sí, pero también diría que esos 90 años han pasado en cuatro meses. Joder. Yo oigo eso de que tengo 90 y digo: ¡pero si yo sigo teniendo 30! Treinta máximo. Eso es un sentimiento, ¿eh?, no es físicamente medible, claro, pero lo tengo aquí y aquí [se señala la cabeza y el corazón]... bueno, y en la musculatura, claro. Y en el carácter.

¿Qué le pide el cuerpo? ¿Cantar lo de siempre, poner voz a los poetas, o cantar cosas nuevas que sorprendan a sus seguidores?

No... que sorprendan, no, pero que lo vivan, que vivan esas canciones de verdad. Que las canciones nuevas se metan dentro de ellos, dentro de su cuerpo y de su alma. O sea, a ver... ¿dónde está el campeón del mundo de la canción? [Paco Ibáñez busca y rebusca por encima de la mesa y coge entre sus manos un libro sobre Georges Brassens]... ah, sí, aquí está. Mira, tú cantas una canción de Brassens y, joder, parece que hay más luz, parece como que te acompaña algo positivo, y que ese algo se lo puedes ofrecer a otros. A eso me refiero.

Ese señor es Dios para usted, ¿no?

Dios no sé dónde está. Pero si existe, pues a lo mejor es Brassens.

¿Puede contar aquí su primer encuentro con él, aquella noche de 1955 en el Olympia de París?

“Dios no sé dónde está, pero si existe, a lo mejor es Brassens. Tú cantas una canción de Brassens y parece que hay más luz”



Bueno, a ver, cuando nos fuimos de Perpiñán a vivir a París, yo escuchaba en la radio y por las calles todo el tiempo aquello de “¡Gare aux gorilles!” [“Cuidado con los gorilas”, estribillo de una de las canciones más populares de Brassens, *Le gorille*]... ¡y no me gustaba nada aquello! Tú comparabas aquello con cualquier canción, yo qué sé, de Antonio Machín o de Negrete, y no había comparación. Yo me decía: “Estos franchutes no tienen ni puta idea de lo que es cantar, joder”, y venga todo el tiempo “¡Gare aux goriiiiilles!” [canturrea el estribillo]. Estaba hasta las narices. Pero un buen día conocí a Pierre Pascal, que fue el que tradujo las letras de Brassens al español, y me enseñó sus canciones, las letras, y dije: “Joder, ¿este tío es el de los gorilas? ¡Si es un genio!”. Y una noche Pierre Pascal me lo presentó en el Olympia. Y unos días después, en casa de unos amigos comunes, mi padre hizo una paella para Brassens. Y mira que soy ag-

nóstico, pero creo que me puse a rezar para que a mi padre le saliera bien aquella paella, y, sí, salió una paella de la hostia. Y a partir de ahí entré en su mundo, en el mundo de la canción profunda... que es Brassens.

¿Cree que fue gracias a él que ha sido usted el Paco Ibáñez que hemos tenido?

En parte, seguro que sí. Me captó. Y a partir de ahí, todo lo que hice partía de su repertorio. Y otro que también tiene miga es Leo Ferré, qué tío. Una noche fuimos a verle a un teatrillo de la zona de République, y al final me lo presentaron. Cuando me vio, me agarró la cara y me miró fijamente y se echó a llorar... ¡nunca supe por qué, a quién le recordaría yo! Y no sé por qué cuento yo esto ahora [y se pone a cantar *Avec le temps*, de Ferré].

Eso que ha dicho antes de entrar en el alma de la gente... se dice fácil, pero parecen palabras mayores. ¿Cómo se hace eso?

Bueno, tienes que tener buen material para poder ofrecer.

No creo que sea sólo eso... también habrá que tener arte para introducir ese material, ¿no?

Hay creadores con “buen material” que no siempre tienen garantizada la virtud de entrar. Si

tuviera que retratarse, ¿qué virtud cree que ha tenido para ser capaz de “entrar” en el público?

Para entrar en el alma de la gente tienes que coger la canción y cantarla... y no sólo cantarla, sino representarla también.

“Representar una canción...”, interesante. ¿Y cree que el público, al escucharlas, pensarlas y disfrutarlas, también construye un poco las canciones?

Digamos que no crea la planta pero sí la riega. Esa sería la imagen. Cada vez que un espectador escucha la canción y la disfruta, va regando la planta. Y eso es lo que pasa con *La mala reputación*, de Brassens, o con *A galopar*, de Alberti, ¿quién no las conoce ya?, pero cada vez cambian. Y le llegan al alma. Y entonces él tiene ganas de transmitírsela a otro. O a él mismo otra vez... Miles de personas cantando juntas *A galopar*... les da vida, es como una inyección de vida.

En las páginas anteriores, Paco Ibáñez, en su casa de Camallera (Girona). En esta, durante un recital junto a Rafael Alberti, en 1991.

Y cuando lo hacen, o cantan otra canción en medio de un recital, ¿usted les ve las caras, interpreta esas caras?

No veo las caras, oigo las caras. Y me gusta. **¿Qué cree que supone, en tiempos como estos...**

¿En tiempos de ignominia, como decía José Agustín Goytisolo?

Eso es. ¿Qué supone en tiempos así acudir a un teatro a escuchar a un cantautor que, además, canta textos de poetas? O directamente: ¿qué supone leer poesía? ¿No es casi un acto de rebelión?

Supone la necesidad que tiene mucha gente de escuchar o leer palabras que dan vida, y que animan cuando uno está bajo de moral. Palabras que hacen que te comas el mundo. Exagero, pero esa es la función de los poemas y de las canciones. Crear conciencias, también. **¿Le gusta pensar que, cantándolos, usted al final también hace un poco esos poemas?**

Lo que me da por pensar a veces es: "Joder, he tenido suerte, suerte de poder cantar a todos estos poetas, pero habría tenido doble suerte si encima esos poemas los hubiera escrito yo".

Eso no vale. O sea, haber sido usted Cernuda, Góngora, Alberti, Gil de Biedma y Lorca y todos los demás a la vez, ¿no?

¡Exactamente! No, en serio, mi misión principal ha sido poner mis canciones al servicio de todos ellos, de sus poemas, ponerlos en primera fila para que la gente los escuche y en muchos casos los descubra. Si tú tienes el poder de transmitir eso con el corazón y no lo haces, serás un desgraciado.

Pero cantar a los grandes poetas es muy arriesgado. A Paco Ibáñez le ha salido bien en toda su carrera, pero si sale mal poner voz a Lorca, a Cernuda, a Góngora... se nota mucho más, el margen para hacer el ridículo crece.

Ya, pero eso pasa en todos los oficios, ¿no? Si lo que haces en tu profesión lo haces mal, ¡pues *malament*, como dicen los catalanes!

O gaizki...

¡O *gaizki*, como decía el tío Ramón! No, pero volviendo a eso: o te sale o no te sale, o aciertas o no aciertas. Y tú eres el primero, con tu criterio, que puedes ver que eso o lo otro te ha salido una caca, que no está ni para



cantarlo en casa. Ahora bien, ¿por qué me salió a mí, por ejemplo, la *Canción del jinete*, de Lorca?

¿Por qué?

Pues porque mis padres, en Perpiñán y en París, nos llevaron de muy jóvenes a los teatros para ver a los flamencos bailar y cantar, a Antonio el Bailarín, a Pilar López, a Teresa y Luisillo... Nos llevaban al Théâtre des Champs-Élysées y nos impregnábamos de flamenco, y el director del teatro, como veía que nos interesaba tanto, nos dejaba andar por allí todo el tiempo, y eso se queda dentro aunque tú no te enteres, si no, ¿de qué iba yo a tener dentro de mí toda esa materia prima? Y al final, cuando vas a hacer una canción, pues claro, sale. Y toda esa impregnación de la que hablaba fluye, y entonces llega un momento que dices: "¡Coño, que esto ya no es un poema, es una canción!".

Sabiendo casi seguro que no habrá respuesta...

¿cuál de todos esos poetas que ha cantado, si tuviera que quedarse con uno, le sigue quitando el alma?

No sé, pero... fíjate Góngora, *La más bella niña* fue una de las primeras canciones que hice, ¡y sin embargo no pude ir a ver a Góngora a ningún teatro, ja, ja, ja! Fíjate Góngora, cuando escribe "Dejadme llorar / Orillas del mar". No escribe "Dejadme llorar / A orillas del mar", eso sería romanticismo barato, le quita la "a" casi sin que nadie se dé cuenta. "Dejadme llorar / Orillas del mar...", eso tiene una dimensión tremenda. Se produce ahí un potaje inmenso. ¡Le pides al mar que te deje llorar! [y Paco Ibáñez se pone a cantar la canción de *La más bella niña*].

Pues hay gente que cuando ve a alguien leyendo poesía, le pone cara como de querer decirle que está en otro planeta...

Sí, como de decir "este se ha *quedao* en el apeadero".

Y con los cantautores clásicos empieza a pasar lo mismo. Llamé a una de las discográficas más importantes que, además, publicó alguno de sus discos. Le dije a un señor a ver si me podía ayudar a encontrar el teléfono de Paco Ibáñez. Dijo: “No sé quién es, ni me suena”.

¿Qué dijo, “Paco me suena pero Ibáñez no, no?, ¡ja, ja, ja!”
Le voy a leer una frase.

A ver.

“Nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno”.

Gabriel Celaya.

¿Esto quiere decir de alguna forma que en una canción el mensaje debe prevalecer? ¿Está de acuerdo con eso?

Claro, porque un adorno es algo que te pones y te quitas y ya está, pum. No permanece. Entonces, si se trata de una canción, pues se queda en una canción de paso, en una frivolidad. Pero una canción que queda dentro de ti porque tiene profundidad, eso ya no es un adorno. No te la quitas de encima como quien se quita una corbata que se ha puesto para adornarse. Entra con fuerza y se queda en la gente.

¿Le gusta pensar que usted no lo ha sido? Frívolo.

Hombre, yo no sé si he conseguido esa fuerza que me he propuesto tener, pero que la quería tener, de eso sí estoy seguro. Y es lo que he perseguido. ¿Si lo he conseguido? Mejor. ¿Qué no lo he conseguido? Pues nada, en la próxima vida me dedicaré mejor a ello.

Un amigo suyo, el artista Frederic Amat, escribía hace poco un artículo refiriéndose a la forma de cantar de Paco Ibáñez, y hablaba de “la dificultad de combinar vocación estética con preocupación cívica”. ¿Ha sido esa su vocación?

Simplemente quiere decir que quieres que el árbol dé sus frutos. Que dé buenas manzanas, reineta a poder ser.

Por ejemplo: “A galopar hasta enterrarlos en el mar”, de Alberti, suena a la vez hermoso y terrible. Es bello y es eficaz, ¿no?

“Un adorno es algo que te pones y te quitas y ya está. No permanece. Entonces, si se trata de una canción, eso se queda en una frivolidad”

¡Enterrarlos hasta que desaparezcan! ¡Y además en el mar! Qué imagen, ¿no? Es un poeta deseando a algunos lo que se merecen... pero escribiéndolo así de acertado. “Hasta enterrarlos en el mar” tiene una fuerza de la leche. **Si la letra se refiere a quienes parece, la cosa se está poniendo complicada. Están ahí, y subiendo.**

¡Hombre, que si están! Pero están porque les dejan estar. Ya no hay indignación, ya no hay opinión. Fíjate lo que están haciendo los israelíes con los palestinos. Y nadie se inmuta, nadie grita socorro. La gente dice: “Ufff, mira eso que ha pasado, no me gusta”, hala, y a otra cosa, muchachos. La gente no se interesa por lo que les pasa a los demás. Todo es yo, yo, yo. ¡El *yoísmo*!

¿Qué le parece que cada vez haya más gente joven dispuesta a votar a formaciones de ultraderecha?

¡Esos se equivocaron al nacer!

Si no fuera feroz, esa observación sería cómica.

¿Y no cree que una de las razones puede ser que la ultraderecha ofrece mensajes simples y directos, sin gama de grises y fáciles de comprar, tipo “esto es blanco o negro” y “estás conmigo o contra mí”?

¿Cómo que no existe la gama de grises?

No, digo que parece no existir para según quién.

Para los extremistas de cualquier signo no existe...

¿Grises? ¡Cómo se nota que tú no has dado un concierto en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1968! ¡Porque aquello sí que estaba lleno de *grises*! Es broma, ¿eh? Allí estaba cantando yo, canciones que estaban prohibidas, y se empezó a calentar la sala, y empezaron a aparecer los *grises* con sus mosquetones. Pensé: “Me cago en la puta, la que se va a armar aquí. Va a haber potaje”. Pero el tipo que organizó aquel concierto, no sé cómo lo consiguió, pero logró que todas las canciones pasaran la censura. Increíble. ¿Y por qué estaba yo hablando de esto?

Por lo de que, para los extremistas, no hay gama de grises. O blanco o negro. Y que hay gente joven que está comprando eso, sobre todo a la ultraderecha. Bueno, joven y mayor.

¡Ah, sí! Bueno, es casi una reacción deportiva, tal y como yo lo veo. Votan a esa gentuza sin darse cuenta de lo que están provocando, de que son sinvergüenzas jugando su baza. Lo peor es que no hay conciencia de lo que esa gente representa. Quién iba a decir que la derecha y la ultraderecha se iban a imponer un poco por todos lados...

Hombre, la izquierda y la extrema izquierda también tendrán un poco de culpa, ¿no?

Mmmmm... sí, bueno, claro, supongo.

¿Y qué piensa hacer usted?

Seguir siendo el que soy. —EPS

PERFIL

HISTORIA DE UN RESCATE: LA POETA Y LA URRACA

por Andrea Aguilar
fotografía de Manuel Vázquez



Sobre estas líneas, retratos de dos de los búhos que habitan una enorme pajarera anexa a la casa de Frieda Hughes, en Gales. A la derecha, la artista, fotografiada en su jardín.





Frieda Hughes abre las puertas de su casa en Gales. La pintora y poeta, hija de Ted Hughes y Sylvia Plath, se adentra en la autobiografía con *George, mi amistad con una urraca*, diario sobre su día a día con el pájaro que rescató en su jardín. Hoy vive con 14 búhos, dos perros, cinco chinchillas, un hurón y una pitón real.

A UNOS 300 KILÓMETROS de Londres, en las proximidades de Montgomery, en el condado de Powys, en Gales, se halla la pequeña aldea donde Frieda Hughes encontró la casa de la que no se mudaría más. Aquí llegó hace 20 años con su entonces esposo, a quien había conocido en Australia y de quien terminó por divorciarse unos años después, y aquí encontró, mientras trabajaba en el jardín en 2007, al polluelo protagonista de *George, mi amistad con una urraca* (Errata Naturae). El libro, un diario que abarca un año en la vida de esta artista plástica y autora, desde mayo de

2007 hasta noviembre de 2008, da cuenta de su peculiar vínculo con su pájaro y con la casa. También le permite echar la vista atrás y hablar de su historia como hija de dos icónicos poetas del siglo XX: Ted Hughes y Sylvia Plath.

La escritora nos manda detalladas indicaciones sobre cómo acceder a la propiedad que con el paso de los años ha convertido en una finca y que incluye “un pabellón, mitad georgiano, mitad victoriano”, y una construcción aladaña más pequeña donde estuvieron las cocinas, vaquería, despensa y lavadero, y que ella acabó comprando a su vecina, ampliando también el jardín original de media hectárea. “Mi intención es mostrarme siempre radiante, luminosa y hospitalaria con las visitas, las conozca o no de antemano”, apunta en su diario. Y al abrirse el portón este lluvioso domingo no cabe duda de que así es. Hughes viste un vaquero negro y un jersey de cuello vuelto del mismo color, con botas para la lluvia. ¿Quién dijo que la extravagancia anglosajona debe ir interpretada con locos estampados y colores dispares? Somos tres en el almuerzo, pero hay comida para un regimiento; la anfitriona ha llenado la larga mesa de su comedor de quesos, embutidos, ensaladas y explica con una radiante sonrisa que en la cocina hay un asado de pollo y otro de salmón. Junto a los fogones, sobre una banqueta observándolo todo, está *Wyddfa*, el gran búho níveo que rescató hace unos años. Después del encuentro con la urraca, estuvo *Oscar*, el cuervo que también aparece en su libro —y que proyecta un eco extraño con el poemario *Cuervo*, de Ted Hughes—. Luego llegaron otras aves y animales, construyó una enorme pajarera adosada a la casa y hoy en total conviven con Hughes 14 búhos, dos perros huskies, cinco chinchillas, un hurón y una imponente pitón real. Casi todos ellos son animales de acogida. “No puedo ver sufrimiento y no tratar de salvar a quien lo padece”, dice.

La acompañan en las paredes de su casa un buen número de los cuadros que ha pintado a lo largo de su vida y que cuelgan en los pasillos y habitaciones, muchas de ellas dispuestas con sofás, como amplias salas de estar que se suceden por la casa y en varios cobertizos remodelados en el jardín. Hay coloristas obras abstractas, paisajes al óleo, grandes retratos de los búhos, los dibujos en tinta que hizo de la urraca y que incluye la edición del diario. “Siempre pensé que lo mío era la pintura”, asegura. “Nada ha resultado sencillo. Tengo una excelente relación con mis clientes y con la galería que



Sobre estas líneas, una de las obras figurativas y abstractas que Frieda ha creado a lo largo de su vida. La pintura fue su primera vocación. A la derecha, la artista, de 64 años, en su casa.



me deja exponer mis cuadros en Londres, pero no estoy realmente presente en el mundo del arte. A veces tienes que ir tanteando, igual que con el mundo literario, y encontrando tu camino. Era como si fuera andando por un pasillo sin ventanas ni puertas hasta que entró un gran rayo de luz, eso es lo que he sentido al publicar *George*”.

En el garaje de su casa de Gales guarda su colección de motos, otra de sus grandes pasiones, aunque era algo que aterraba tanto a su padre que le prohibió que se subiera a una. Ella de adolescente le escribió un poema con el que pretendía lograr su permiso para ir en la moto de un amigo y sus versos incluían una gráfica descripción de sus sesos reventados en la carretera. “Básicamente trataba de decirle que habría

un día en el que podría reventarme la cabeza en la carretera y él no podría impedirlo. Logré que me dejara al menos un viaje a la semana, pero era ridículo”, cuenta divertida. ¿Se escribían poemas? “Si estaba muy desesperada para que me dejara hacer algo, lo ponía en unos versos porque eso me garantizaba que captaría su atención”. Mientras tanto, se negaba a leer nada que su madre o él hubieran publicado más allá del libro infantil de Ted Hughes *Meet my Folks*. “Yo escribía poesía y no quería que nadie dijera que era como ella o él y pensé que la mejor manera era no leerles porque ¿cómo podía ser como ellos si no conocía su obra? En el bachillerato pedí no estudiarles y me pusieron a leer a Coleridge”.

A pesar de sufrir dislexia, dice que fue una lectora voraz desde niña. Cuando le diagnosticaron fatiga crónica, perdió el miedo a sacar un libro. A los 38 años publicó su primer libro de poemas y su padre llegó a verlo. “Fue precioso, estaba orgulloso”, dice. Entonces decidió leer la obra de sus progenitores. “El encuentro con los libros de mi madre fue más extraño porque ella era

una figura más remota”, recuerda. “Hay un límite sobre cuánto puedes saber de alguien a través de otras personas”. La artista habla de los diarios de la autora de *La campana de cristal* que tuvo que supervisar, una edición distinta de la controvertida versión que compendió su padre, quien destruyó las entradas de los últimos meses de vida de Plath. Una larga y oscura sombra cubrió al poeta desde entonces. En *La mujer silenciosa*, magistral libro sobre el caso Hughes-Plath y el incesante morbo que su historia ha generado, Janet Malcolm escribió: “La libertad de ser cruel es uno de los privilegios indiscutibles del periodismo y el retrato de los sujetos como si fueran personajes de novelas malas es una de sus convenciones aceptadas más ampliamente”. Su advertencia



“Una periodista me llamó y me preguntó si yo también iba a matarme. Estuve a punto de colgar”

no caduca. “Me ha costado mucho leer los artículos que se han escrito y se escriben sobre mis padres. No quería escuchar cosas desagradables sobre ellos, y lo que realmente me incomoda es cuando intentan apropiarse de ellos”, reflexiona. “Hace poco salió una producción en la que mi madre es una especie de espectro, la alucinación de otro personaje. Me parece ofensivo. ¿Por qué no usan a sus madres a ver cómo se sienten?”.

Como hija de la poeta, Frieda Hughes también se encargó de una nueva versión de *Ariel*, el célebre poemario de Plath cuya primera edición fue póstuma y también corrió a cargo de Ted Hughes. “Mi padre sacó ese libro y, si no fuera por él, poca gente conocería el trabajo de Sylvia Plath. La nueva versión presentaba los poemas y tal y como ella los había dejado. Escribí el prólogo y ahí, desafortunadamente, necesité la ayuda de mi tía. ¿Has oído hablar de Olwyn Hughes?”, pregunta con media sonrisa, antes de definirla como una persona “extremadamente difícil” y recordar el abuso verbal que padeció mientras trataba de recabar información para ese prólogo. La reputación de la hermana de Ted Hughes y agente literaria de él y de Plath es legendaria.

En *George*, su sobrina hace un retrato lleno de vi-triólico humor de la mujer que peleó con medio mun-

do para defender las decisiones que su hermano tomó sobre la obra de Plath. Frieda escribe que su obsesión fanática por construir infinitos parterres en su jardín es una herencia indirecta de su tía, quien no los delimitaba, lo que complicaba el trabajo.

“Después de mezclar 25 toneladas de hormigón y mortero durante los dos primeros años, y de usar 100 toneladas de piedra y de colocar varios millones de adoquines, el jardín empezaba a cobrar sentido, aunque la obsesión por crear formas vegetales no remitía; no me rendiría hasta que no me quedase sin espacio”, cuenta en su diario. El paseo por su finca demuestra que ha cumplido con su propósito. Ahora prepara un libro sobre sus búhos en el que Olwyn tendrá un papel importante.

Escribe en el libro sobre su año con la urraca: “Para *George* la vida bien podría no haber sido más que una sucesión de hallazgos de lugares donde guardar cosas; quizá esa fuese su idea de poner orden. Me identificaba con aquel enfoque de un modo fundamental: desde niña he estado intentando archivar mi vida: cartas, diarios, recibos de pago, papeles del fisco, reliquias de matrimonio y divorcio”. Tardó 15 años en publicar este libro. Habla sobre cómo empezó. “Seguía mi diario y *George* empezó a ocupar unas líneas cada día. Me divertía muchísimo,

hacía cosas inimaginables como esconder 35 bombillas bajo la madera del suelo, y era como dejar registro de lo que hace un niño cuando es bebé”, recuerda entusiasmada. “Solo pensé en convertirlo en un libro cuando se echó a volar y no regresó, y luego mientras trabajaba en ello mi hermano murió. La vida se interpuso. Tuve que hacerme cargo de muchas cosas. Tiempo después, una editora, Cecily Gayford, leyó un artículo mío en *The Times Literary Supplement* sobre búhos y contactó conmigo. Me llevó mucha reescritura encontrar la medida de cuánto quería contar de mí y cuánto de *George*. Esta ha sido mi primera incursión en algo abiertamente autobiográfico”. Desde hace dos décadas, Hughes publica poemas en los medios británicos.

Las constantes mudanzas de Frieda empezaron poco después de nacer en 1960 en Londres. Cuando tenía un año, sus padres se trasladaron a Court Green, una casa de campo en el condado de Devon donde nació su hermano Nicholas. Apenas un año más tarde, los niños regresaron con su madre a la ciudad tras la tumultuosa separación de Plath y Hughes. En aquel piso londinense, en el 23 de Fitzroy Road, el mismo edificio donde había vivido el poeta William Butler Yeats, la poeta estadounidense de 30 años se quitó la vida en febrero de 1963 en una de las muertes más célebres de la historia literaria. Un amigo de la pareja, el crítico Al Alvarez, desveló los detalles en uno de los muchos libros escritos sobre Plath: los niños dormían en su cuarto mientras su madre metía la cabeza en un horno de gas, les había dejado galletas y leche y había tapado la rendija de la puerta con un trapo húmedo. “Nadie podía haber escrito sobre el escenario de su suicidio salvo tú (o yo) y no puedo entender cómo te convenciste de que era necesario”, le escribió en una carta un indignado Ted Hughes, que proseguía: “Para ti ella es un tema de discusión intelectual, un fenómeno existencial y poético. Pero para F. y N. [Frieda y Nicholas] es central”. La mujer con quien Ted Hughes mantenía una relación cuando Plath se mató se suicidaría de la misma forma seis años después junto a su hija de cuatro.

“A raíz del suicidio de mi madre, el 11 de febrero de 1963, a mi padre, Ted Hughes, le costaba asentarse”, cuenta Frieda en el libro. Ella cumplió tres años apenas un mes después de que falleciera su madre. A los 13, cuando ingresó en el internado donde terminó la escolarización, había pasado por 12 colegios; su padre no paraba de mudarse. “Mi padre seguía a su novia o se iba tras alguna idea o una aparente necesidad de trasladarse a un lugar donde escapar de las asociaciones del pasado o forjar un futuro nuevo y más luminoso”, recuerda en su libro, y afirma que su vínculo con las

plantas era también una manifestación de su “desesperado deseo de echar raíces”. ¿Y su conexión con los animales? “Son menos complicados que las personas, no tienen tanto ego. No hay que tener miedo, si lo tienes puedes hacerles daño”.

“Mi mundo diminuto consistente en el jardín, las perras y la urraca me daba una tregua de otros elementos más dolorosos, complejos o problemáticos de mi vida. Enterraba deliberadamente la cabeza en la sencillez de las tareas que ese mundo llevaba aparejado”, escribe en *George*. Su hermano, Nicholas, se quitó la vida poco después de que terminara ese año de vida con *George*, en 2009. “Una periodista me llamó y me preguntó si yo también iba a matarme. Estuve a punto de colgar, pero pensé que ella solo había expresado lo que mucha gente pensaba. Lo cierto es que yo quiero vivir y hacer que la vida tenga sentido. Alguien tiene que hacerlo”. Han pasado cinco horas desde que abrió el portón de su casa y ha caído la noche. Llegó la hora de despedir a las visitas y dar de comer a los búhos y demás familia. —EPS



En la página anterior, la artista, que aprendió a conducir una moto cuando tenía más de 40 años, atesora hoy una gran colección de ellas. Sobre estas líneas, varias obras de Frieda.

PLA CE RES

EL OBJETO

**Adónde pretende
llegar quien no
va bien calzado**

FOTOGRAFÍA DE JUAN CARLOS DE MARCOS
ESTILISMO DE PAULA DELGADO



LA CLAVE DE una tarea es la herramienta con la que la vamos a acometer, no su dificultad. Con la herramienta acertada, dificultad no hay. Boggi Milano, la marca de lujo masculino italiana en funcionamiento desde 1939, quiere ser la herramienta acertada en todo cuanto pueda servirle a un hombre: muchos de sus trajes no necesitan ser planchados, por ejemplo. Y estas botas que ven se caracterizan no solo por su diseño o por el tipo de materiales que la componen, sino porque resultan arrolladoramente versátiles. Están hechas de piel abatanada con forro y plantilla de piel a contraste; elaboradas con el método *strobel* (o sea, con protección adicional bajo el pie para extremar la amortiguación) y rematadas con una goma de suela flexible gracias a la cual los zapatos siguen al pie en cada movimiento. Es ese tipo de objeto que recuerda al viejo dicho aquel de que para hacer periodismo solo hace falta un bolígrafo y dos buenos zapatos. Pongamos que hacer periodismo es, al final, vivir la vida. Pues eso. Con el zapato adecuado, dificultad no hay. —EPS



LAS SUPERFRUTAS DE LA BIODIVERSIDAD COLOMBIANA

por Verónica Ramírez
fotografía de
Manuel Vázquez



A partir de una mirada hacia el interior, Colombia encuentra en sus 2.500 variedades de frutas una efervescente escena gastronómica basada en lo autóctono, un camino hacia el fortalecimiento de las economías rurales maltrechas tras años de conflicto armado y una nueva forma de conservación de la inmensa riqueza que atesoran los bosques del país.

HASTA 1863, COLOMBIA era una fruta exótica. A lo largo de 300 años fue reino, virreinato y república de Nueva Granada en honor a la ciudad andaluza y al arbusto espinoso del que brota un fruto rojo lleno de semillas jugosas y dulces. Víctor Beltrán, autodidacta que creció muy cerca del jardín botánico y escuchó con atención las explicaciones de una madre bióloga, muestra una moneda con una granada en relieve que el Ban-

co de la República acuñó para conmemorar los 200 años de la independencia, cuando el país cambió el nombre de una fruta por el de un navegante. “La granada no es de aquí. Es originaria del actual Irán. En Colombia crece más pequeña y se utiliza con propósitos medicinales, en infusiones, para dolencias estomacales”, dice.

El mercado de Paloquemao de Bogotá es una farmacia natural y una despensa gigantesca con frutas provenientes de la Amazonía, la Sierra Nevada de Santa Marta, los Andes, los páramos, la Orinoquía, el Caribe

y toda esa variedad de ecosistemas que hace de Colombia un referente mundial en términos de biodiversidad. Víctor se dedica a realizar visitas guiadas por el mercado y habla con pasión del poder antioxidante de la papayuela, la sobrecarga de vitamina E del marañón o el efecto diurético del lulo. También señala la diferencia entre las frutas nativas o propias del país, como la uchuva, el tomate de árbol o el maracuyá, y las exóticas o introducidas, como es el caso del coco, el mangostino o el carambolo. “Colombia cuenta con una ubicación

Gian Paolo Daguer

Este ingeniero ambiental es uno de los creadores de Frutas de Colombia, un grupo formado para la divulgación y la conservación de la biodiversidad colombiana.



geográfica muy privilegiada que nos permite cultivar frutas exóticas. Al estar tan cercanos al ecuador no poseemos estaciones, pero sí microclimas. Tenemos unas 12 horas de luz al día durante todo el año. Además, la ramificación de la cordillera de los Andes nos regala diferentes elevaciones para cultivar un gran número de especias no nativas”, dice. Toda la exuberancia y fertilidad de Paloquemao refleja la abundancia de un país que, como un verdadero jardín edénico, cuenta con más de 2.500 variedades de frutas.

Pero ¿cuál es el verdadero poder de las superfrutas de la biodiversidad colombiana? “Cuando decimos que Colombia tiene más de 2.500 frutas estamos hablando de una gastronomía que tiene, potencialmente, 2.500 ingredientes”, dice Gian Paolo Daguer, el ingeniero ambiental que de niño subía a la copa de los árboles de la finca familiar para descubrir nuevos sabores y hoy es considerado el gurú de las frutas.

Hace seis años, Daguer creó un grupo de Facebook llamado Frutas de Colombia, donde empezó a compartir fotografías y descripciones de frutos poco convencionales. Se sumó más gente, se amplió a WhatsApp, Instagram, X y TikTok hasta convertirse en una base de datos enorme. En principio, solo buscaba conservar la biodiversidad colombiana, pero con el tiempo se transformó en una red colaborativa que ha unido a productores locales, biólogos, conservacionistas, chefs, aficionados y emprendedores en la búsqueda de oportunidades en torno a las frutas.

“Muchas especies y conocimientos han desaparecido por el conflicto armado” (Gian Paolo Daguer, divulgador)



Mini Mal

Este restaurante, en el barrio de Chapinero Alto, Bogotá, se define a sí mismo como “un ejercicio de investigación y creación gastronómica con los recursos de la geografía colombiana”. En la página anterior, su chef asistente, Antonuela Ariza, y algunas de sus creaciones.

Celele

Ubicado en Cartagena de Indias, es el restaurante de Jaime Rodríguez, exponente de la cocina caribeña. “En la carta de Celele tengo más frutas que verduras, pero frutas en estado verde, maduras, frescas, fermentadas, lactofermentadas, encurtidas”, afirma. En esta página, el chef, sus platos y el interior del local.

“Muchas especies y conocimientos han desaparecido por los procesos del conflicto armado que generó desarraigo y desapego de los territorios debido al desplazamiento. Hay que trabajar mucho en la recuperación. Si no conocemos, poco valoramos”, dice. En mayo pasado, a raíz de una foto publicada por una antropóloga, descubrieron una fruta de la zona del Chocó que no había sido previamente clasificada, a pesar de ser consumida por la comunidad. Así nació el quinquejo o *Myrcia coquiensis*.

“También hay un tema muy grande de nostalgia, de personas que recuerdan frutas que comían en su niñez. Hasta hace unos 20 años solo éramos conocidos por conflictos y narcotráfico. Es momento de empezar a promover valores importantes sobre el país. La biodiversidad es una de esas grandes oportunidades”, dice.

La conversación con Gian Paolo tiene lugar en el restaurante Mini Mal. El equipo al frente de este local en Bogotá teje redes para dar a conocer productos y tradiciones de distintas partes del país a través de un trabajo comunitario. El resultado es una cocina “sorprendentemente colombiana”. “Había que encontrar maneras, lenguajes e ideas para contar otra





Supermacedonia colombiana

1. Zapote. 2. Pita. 3. Maracuyá. 4. Rambután. 5. Guayaba pera. 6. Corozo costeño. 7. Mamey. 8. Níspero. 9. Marañón. 10. Uchuva. 11. Coco con manzana. 12. Tamaca. 13. Papayuela. 14. Pepino melón. 15. Curuba. 16. Gulupa. 17. Tomate de árbol. 18. Mangostino. 19. Anon. 20. Pitaya. 21. Mango de azúcar. 22. Sicana odorífera (o melón colorado). 23. Chirimoya. 24 y 25. Choibá y su almendra. 26. Molinillo.

En El Cruce de las Rocas se destilan licores de durazno criollo o de coroso, además de hacer vino de guayaba coronilla

historia de nuestro país. En aquel momento muchos de los cocineros que estudiaban aquí se iban a trabajar a otros países”, dice Antonuela Ariza, chef asistente del restaurante. “No existían los canales porque el transporte terrestre era muy complicado y el avión era carísimo. Era una labor titánica, pero nosotros entendimos que había que hacerlo”.

En el caso de las frutas, hoy cuentan, por ejemplo, con proveedores en el Caribe que les envían coroso, una baya roja, refrescante y ácida a la que también se la conoce como chontaduro de montaña. Del Amazonas traen guayaba agria y copoazú, conocido como el cacao amazónico. También el açaí, que se convirtió en el superalimento de moda en buena parte del mundo. Con todas estas frutas y muchas otras preparan salsas, zumos, reducciones, ajíes o mermeladas. Entre otros platos, en Mini Mal son famosos sus arrullos, inspirados en un canto tradicional del Pacífico. Estas galletas saladas de coco rallado y copoazú vienen con un picadillo de pulpo, calamar y camarón impregnado de una interpretación personal del curri verde.

Antonuela también es cofundadora de Selva Nevada, una empresa de helados artesanales de frutos exóticos colombianos. Su socio y vecino del barrio, Alejandro Álvarez, llegó un día a la puerta de Mini Mal con frutas amazónicas recolectadas en su peregrinaje por el país. Al principio, los proveedores cortaban las frutas con tijeras, las empaquetaban mal, las congelaban en casa bajo el riesgo de una factura de luz impagable a fin

de mes. Pero Alejandro tenía un proyecto más grande. “Lo que me pasaba a mí es que estaba muy orgulloso de nuestra biodiversidad, pero me preguntaba ¿de qué le sirve esto a la gente de a pie? Es muy bonito todo lo que hay en el bosque, pero ¿cómo se vuelve una cadena competitiva?”, dice.

Antonuela y su equipo hicieron experimentos en la cocina del restaurante y crearon el primer helado. Han pasado 12 años desde entonces. Hoy, esas comunidades ya cuentan con despulpadoras, paneles solares e ingresos fijos mensuales. “En términos generales, las organizaciones de pequeños productores son nuestros aliados y socios en la cadena de suministro. Lo que buscamos es fortalecer los llamados centros de transformación rurales, que son plantas de procesamiento propiedad de las comunidades a donde llega la fruta fresca para ser procesada”, explica Alejandro, economista con maestrías en gerencia ambiental y desarrollo rural.

¿Realmente una fruta puede transformar la vida de una comunidad y conservar los bosques? “Es el camino”, dice Alejandro, “pero una comunidad no va a vivir solo de açaí. La diversificación de sus actividades económicas es clave para la conservación y la reforestación”. “Si estas personas no tuvieran estas oportunidades probablemente estarían sembrando coca o basando sus actividades en algo más rentable pero ilegal”, añade Gian Paolo.

Alexandra Posada y Marc de Beaufort, documentalistas de profesión, también creen en esa apuesta. De hecho, hace 11 años decidieron abandonar Bogotá y mudarse a Choachí. Ubicado a 40 kilómetros de la capital, este pueblo del Valle del Río Blanco fue prácticamente inaccesible durante el conflicto armado debido a los retenes organizados por las guerrillas.

Desde una casa que ellos mismos construyeron y con unas vistas



impresionantes a la laguna sagrada de Ubaque, de acuerdo con la tradición muisca, Alexandra y Marc recuerdan sus recorridos por la zona con la intención de crear un proyecto sostenible que contribuyera también al desarrollo de la comunidad. “Los dueños de fincas pequeñas con 10 palos (árboles) de ciruelas, peras o manzanas solían bajar cada domingo al pueblo con su cosecha para vender su canastilla de frutas. Eso cambió radicalmente porque ahora todo se trae del mercado de abastos. Los productores pequeños dejaron de cosechar la fruta y de verle el beneficio al bosque. Entonces empezaron a talar los árboles para sembrar pasto para las vacas”, dice Alexandra.

“El año pasado en Colombia se perdieron siete millones de toneladas de frutas”, añade Marc, “y se perdieron porque no hay canales de distribución”.

En sus paseos y conversaciones conocieron a Cristina Garzón, quien limpiaba casas en un pueblo vecino. Los fines de semana, Cristina y su marido, Gregorio, se dedicaban a poner en marcha un alambique tradicional de arcilla. Tal y como le enseñaron sus antepasados, la pareja producía chirrinche, un aguardiente hecho a partir de la caña de azúcar. ¿Y si en vez de usar la caña de azúcar utilizaban la patilla (sandía), el coroso o la ciruela criolla que los campesinos ya no querían cosechar? “No tenía la fuerza para innovar y ahora me he lanzado al ruedo”, dice Cristina. Hoy, 12 personas de su familia se han integrado al proyecto.

La cocina de Marc y Alexandra es una fiesta permanente donde preparan menús degustación con los quesos y mostazas que elaboran, los pescados que ahúman y las verduras de su propio huerto. Sobre la mesa del comedor descansan algunos de los más de 50 productos de El Cruce de las Rocas. Ahí están sus licores artesanales



El Cruce de las Rocas

Este es un proyecto de Alexandra Posada y Marc de Beaufort que ofrece vinos, destilados y extractos 100% naturales y artesanales. Producen entre 1.000 y 1.500 botellas al mes. “Tenemos una riqueza de 2.500

frutas y una tradición histórica de destilación. Existe el conocimiento y no lo estamos aprovechando”, dice Marc. En la página anterior, procesos de destilado y retratos de Cristina Garzón y, abajo, de Posada y De Beaufort.

de hierbas o de durazno criollo, sus destilados de limón mandarina o de piña, el vino de guayaba coronilla o el delicioso aperitivo 1846, en honor al año en que Joseph Dubonnet creó la bebida que lleva su apellido. En las etiquetas de los destinatarios se leen los nombres de los restaurantes más reconocidos y premiados de Colombia.

Para Gian Paolo, la cocina colombiana está en estado de efervescencia, a punto de despegar hacia otras latitudes. “Antes, la gastronomía nacional era una bandeja paísa. No se entendía lo que pasaba en las distintas regiones cuando en realidad somos una suma de cocinas. Ahora ha surgido una nueva gastronomía a partir de chefs que han tenido la oportunidad de formarse en otros lugares. Me sorprende porque están llevando las frutas a otro nivel”, dice.

En esa esfera se ubica Álvaro Clavijo. Su restaurante, El Chato, se encuentra actualmente en el puesto 25º entre los mejores del mundo y en el segundo en Latinoamérica, de acuerdo con la lista The 50 Best. El más internacional de todos los chefs colombianos voló de regreso a casa después de estudiar y trabajar en Barcelona, París y Copenhague. Quería mirar hacia adentro, pero aplicando técnicas aprendidas fuera de casa. Para ello, se subió a una moto y recorrió el país durante seis meses. “Más que de los productos me enamoré de la

dificultad porque hay muchos ingredientes que pueden ser muy obvios, pero no son tan obvias las técnicas que un cocinero puede aplicar”, dice.

Bogotá no es el único escenario que empieza a otorgarle una extraordinaria visibilidad a las frutas. El chef Jaime Rodríguez conoció el mar a los 21 años y, sin embargo, hoy es el máximo representante de la cocina caribeña en el mundo. Hace ocho años creó el Proyecto Caribe Lab, una iniciativa que lo llevó a viajar por todo el país para contactar con pequeños productores y conocer a fondo la riqueza de la despensa nacional. Dos años después inauguró su restaurante en Cartagena, Celele, donde las frutas tienen un rol protagonista. Su carta incluye, por ejemplo, iguaraya, un fruto que brota de un tipo de cactus en el desierto de La Guajira únicamente en temporada de lluvias. “Esta fruta tan delicada es recolectada por los indígenas cuando caminan por el desierto porque no es de cultivo, es silvestre. La comunidad wayuu nos la hace llegar al restaurante y nosotros la pelamos rápidamente y la fermentamos para obtener otras características”, dice.

Hace cinco años, en la región andina de Santander, exactamente en Barichara, la tierra de sus antepasados, Rafael Buitrago inauguró el restaurante Elvia en honor al nombre de su abuela, después de trabajar en Lima, São Paulo, Ciudad de México o Londres (en Bogotá fue jefe de cocina de El Chato). “Nuestro propósito principal es dignificar el producto del campo y llevarlo al máximo ni-

vel”, dice, mientras explica la forma en que los cítricos como la mandarina, las naranjas y el limón criollo de la zona son muy importantes en su gastronomía y también en la economía de Barichara. A lo largo de los años, Rafael se ha dedicado a explorar el territorio, a contactar con pequeños productores y a desarrollar un vínculo con ellos. “Casi no tenemos intermediarios, nuestra relación con los productores es directa, así sabemos cuándo tienen cosechas para comprarles y siempre a un precio justo para ellos”.

“Pensábamos que el verdadero valor gastronómico estaba en las cocinas internacionales, pero empezamos a generar conciencia, a explorar nuestra gastronomía y nuestras raíces. Esto hace que hoy los restaurantes tengan una identidad cada vez más marcada. Estamos trabajando algo totalmente propio, algo totalmente autóctono”, dice.

En el libro *Historia y dispersión de los frutales nativos del neotrópico*, el etnobotánico Víctor Patiño ofrece una síntesis de las impresiones que tuvieron los europeos al descubrir las frutas de América. A lo largo de 300 años todas fueron bastante desalentadoras. “Ni tienen sabor, ni olor, ni efecto de bondad”, “olor de melones pasados” o “ninguna de particular elogio”. En general, las frutas inspiraban una enorme desconfianza, se asociaban a problemas digestivos o buscaban proteger sus frutos europeos.

“Hasta para comer una fruta nueva se necesita cierto ímpetu audaz”, cita Patiño. Sin embargo, algo empezó a cambiar en el siglo XVIII, cuando un cura jesuita quedó deslumbrado con las frutas americanas y se atrevió a escribir sobre ellas de una manera premonitória. “Abierto está el camino para la América: vayan, vean y averigüen la verdad de lo que cuento. Vayan y recreen sus paladares con las delicadísimas frutas de aquella tierra”. —EPS

**“Los restaurantes tienen más identidad. Estamos trabajando algo totalmente autóctono”
(Jaime Rodríguez, chef)**



En esta página, juegos de zafiros, rubies y paraibas recién llegados a la oficina de compras de Damiani para ser convertidos en joyas de la firma. A la derecha, Giorgio Damiani, actual vicepresidente de la compañía y miembro del triunvirato que gobierna Damiani junto a sus hermanos.



Las manos que mecen las gemas. En Valenza, en el norte de Italia, Damiani crea joyas siguiendo la tradición que convirtió esta ciudad en el corazón orfebre de Europa. Con un siglo de vida, hacen piezas con alma lejos de la industrialización de los grandes grupos.

POR LAURA DEL RÍO / FOTOGRAFÍA DE ALESSANDRO GRASSANI



A UNA HORA Y media de Milán por carretera, en un pueblo de apenas 19.000 habitantes, se encuentra el epicentro de la joyería europea. En Valenza, patio de recreo de la familia Visconti, manufacturan las piezas que venden en todo el mundo firmas de lujo como Bulgari, Pomellato, Tiffany & Co, Cartier y Vhernier, alimentando una industria que factura 2.840 millones de euros anuales. Pero solo Damiani nació justo aquí, hace 100 años.

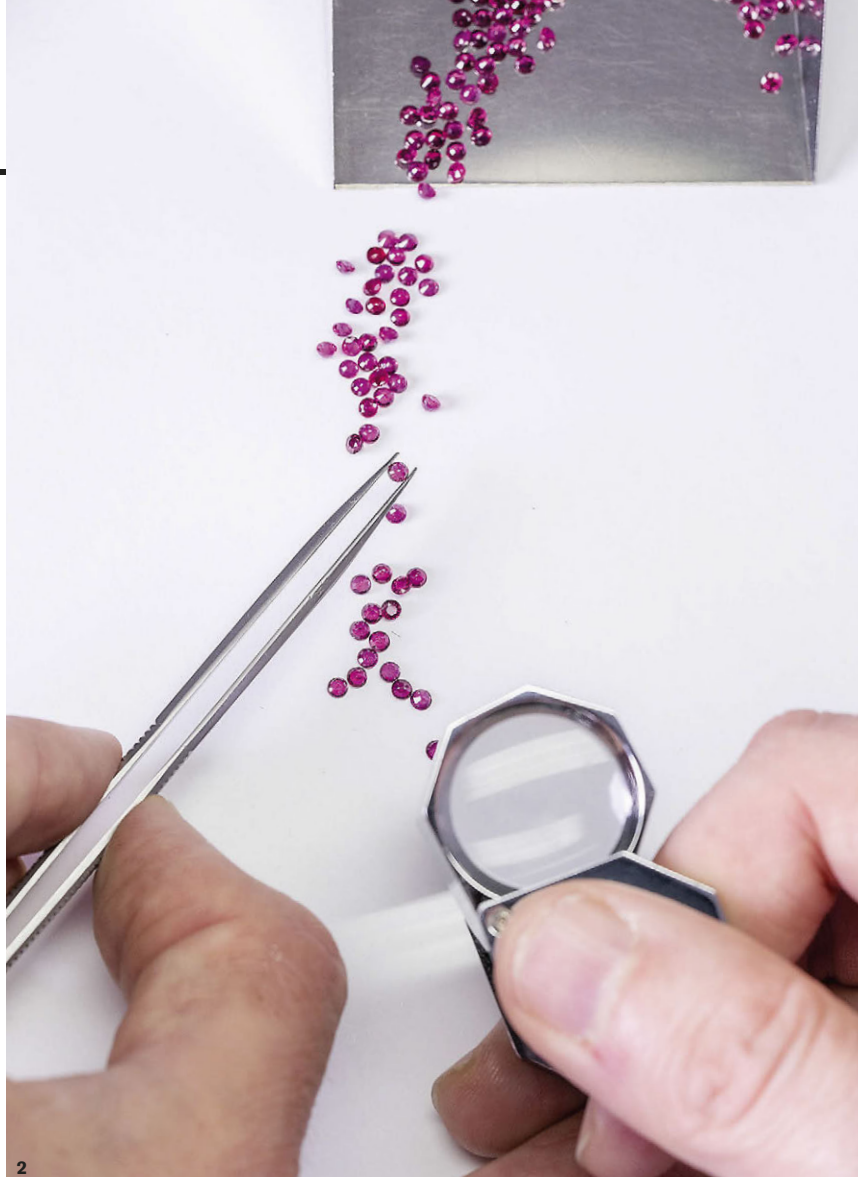
Por entonces, la tradición orfebre de Valenza databa de poco más de un siglo, desde que Francesco Caramora dejase Pavía para instalarse en un lugar que hasta la fecha se había dedicado a cultivar uvas y arroz. Su Cascina dell'Orefice, la quinta donde ejercía el oficio —y que compraría uno de sus aprendices, Piero Canti, cuando él murió tan famoso como endeudado—, ya aparecía en la cartografía napoleónica. Entonces había cinco talleres en la zona. En 1917 ya eran 43. Hoy, las cifras ascienden a 1.300 empresas y 8.400 trabajadores. Más de la mitad

de los orfebres de Italia están aquí. Solo en Damiani, la plantilla roza el medio millar de operarios.

“Ahora todos quieren venir a Valenza porque atesoramos un saber hacer que no se encuentra en ningún otro lugar del mundo”, dice Giorgio Damiani, al frente de la enseña junto a sus dos hermanos en un triunvirato que ha hecho saltar a la empresa familiar hasta jugar en la liga de las multinacionales: Silvia, la mayor, maneja la imagen y la comunicación; Guido, el mediano, supervisa como CEO la estrategia, y Giorgio, el menor, se encarga del desarrollo de producto y las ventas. Pero no es lo mismo abrir una fábrica mastodóntica sobre los cimientos de una tradición ajena —como otras compañías del sector en esta zona— que haber nacido y crecido con ella. “Aquí está todo el mundo que se dedica a esto”. Valenza, de hecho, es la ciudad con más orfebres por metro cuadrado de Italia. “Y yo los conozco personalmente. Si hay una técnica nueva, somos los primeros en saberlo. Si necesito al artesano que domina una disciplina concreta, levanto el teléfono y hablo con él. Lo que hace única y comple-



1



2

“Incluso ahora, con las grandes fábricas, son las manos de los artesanos las que marcan la diferencia”, explica Giorgio Damiani

ja la producción de joyas es que no es industrial. Incluso ahora, con las grandes fábricas, la maquinaria y la tecnología, son las manos de los artesanos las que marcan la diferencia”.

Su abuelo Enrico empezó la leyenda de esta marca en un modesto taller, haciendo joyas para las clases pudientes del norte de Italia. Sería su padre, Damiano, quien acometería la expansión industrial y comercial del

negocio junto a su madre, Gabriella, irrumpiendo en un sector propenso al inmovilismo con ideas tan revolucionarias para su tiempo como crear catálogos de las colecciones que garantizaban un precio fijo —algo radical para la joyería fina— y ofrecer un seguro de robo porque, decía, sus joyas estaban hechas para disfrutarse, no para encerrarlas en una caja fuerte. Además de ofrecer diseños disruptivos, como Squalo, un brazalete de platino, oro amarillo y 41,19 quilates de diamantes que “parece que fue diseñado ayer, no hace 50 años”. Le valió a la firma su primer Diamonds International Award. “Los Oscar de la joyería, los llaman”. Ya tienen 18 de ellos, pero ese sigue siendo especial: “Porque demuestra lo vanguardistas



3

1. Estos pendientes pertenecen a las colecciones Belle Époque y Margherita, con diamantes blancos y amarillos. **2.** A mano o usando un tamiz, en el departamento de adquisiciones se supervisan una a una las gemas que llegan cada día. **3.** A los procesos artesanos,

como el tallado con broca y el pulido, se unen tecnologías como el *software*. **4.** Manuela es la última incorporación al equipo de diseño. Para las colecciones más comerciales recurren desde hace años al *software* de modelado 3D, pero la alta joyería se diseña a mano.

que somos. Y porque lo diseñó mi madre”, dice Giorgio.

En el clan Damiani el día empezaba y terminaba con las joyas. Respiraron el oficio desde niños. Nunca se plantearon dedicarse a otra cosa que no fuera continuar el legado que heredaron cuando su padre murió en un accidente en 1996. El futuro de pasar los mandos a una cuarta generación está sobre la mesa. Con condicionantes: hay que ganárselo. “No hay nada más equivocado que pensar que por ser de la familia se tiene un derecho hereditario, como en las monarquías. Una empresa no funciona así”.

No es que desde que en 2019 los hermanos recuperaran el total de acciones de la empresa, que salió a Bolsa en 2007, hayan escaseado las propuestas de compra. Con Richemont adquiriendo Vhernier y el señor Arnault, Tiffany & Co. y Pedemonte, cabría esperar que les hubiese caído alguna proposición sugerente. “¿Quién es el señor Arnault?”, replica el italiano. Se ríe, pero el mensaje es claro. “Hemos recibido ofertas. Pero difícilmente puede haber una que nos planteásemos aceptar”. Ser una de las pocas marcas que resisten en manos de la familia original es un escenario que les da ventaja. “Siempre que se compartan objetivos”. Nada como una riña interna para hundir hasta el más próspero de los negocios. “Vendemos joyas. Algo con un valor in-



trínseco, pero también emocional. Para un cliente, saber que detrás hay alguien a quien puede poner cara supone una confianza que, al final, es nuestra arma frente a los grandes. Eso y la pasión. Cuando lleva tu apellido, te entregas de otra forma”.

Los 100 años de la firma lo secundan. Aunque es aún más definitiva la colección que han hecho para celebrarlos: un centenar de piezas que son tan excepcionales en su diseño como raras sus gemas: “No podríamos repetirlas aunque quisiéramos”, ase-

gura. Hay piedras que han salido del archivo familiar y se remontan a medio siglo. Otras que han tardado hasta cinco meses en encontrar. Como la aguamarina de la gargantilla Fantasy Cut Carioca: 214 quilates de gema. O el zafiro del collar Mimosa Eternal Blue: talla cojín y con 100,9 quilates. Ya se han vendido varias piezas, pero no pueden revelar modelos ni precios. “Lo que sí puedo decir es que ha sido como estar en Disneyland. Para un creativo poder experimentar sin límites es una fantasía”.



PLACERES JOYAS

1. Sante Rizzetto lleva 63 años engarzando gemas, 25 de ellos para Damiani. El laboratorio hoy lo dirige su hijo Simone. **2.** Todo el equipo de herramientas con las que un orfebre engasta las gemas, un arte que sigue siendo completamente manual. Se llaman, según su cometido, empujadores, punzones y perleros. **3.** Para el centenario de la compañía han creado una edición

especial del collar Belle Époque, una de sus colecciones más emblemáticas. **4.** Giorgio Damiani, en el despacho de Villa Bricco. "Mi padre siempre quiso comprar esta casa, pero murió antes de poder hacerlo. Años más tarde, fuimos mis hermanos y yo los que cumplimos ese deseo".

De camino a los talleres donde nació la firma, se pasa por la plaza con la fuente que el Ayuntamiento levantó en honor a Damiano Grassi Damiani. También por la escuela infantil que lleva el nombre de su esposa Gabriella. Y, al otro lado de la carretera, donde se encuentra la planta de Bulgari, por la que será su nueva manufactura: una estructura modernista de 12.000 metros que acogerá a 500 maestros orfebres y engastadores, apuntalando a Damiani como la única alternativa local a las multinacionales que en los últimos años se han hecho con una buena cuota de las manufacturas de la zona.

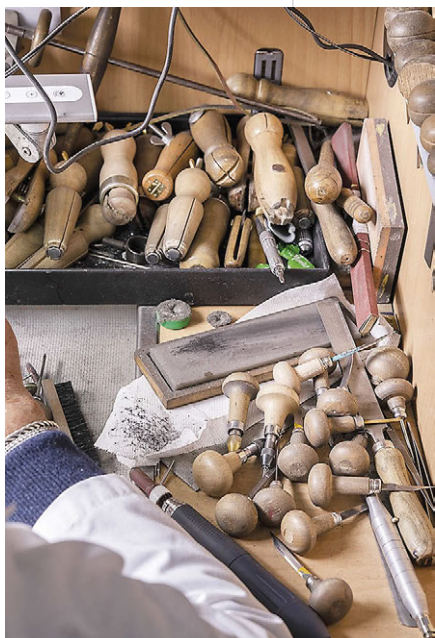
Excepto por el cartel que reza Laboratorio Damiani en la entrada del taller, nada invita a pensar que aquí se fabrican piezas de alta joyería, en-

Para Sante, un viejo orfebre: "La experiencia es la clave de todo. Sin ese saber hacer no tendríamos más que un dibujo en un papel"

cargos de magnates, jeques árabes y VIP coreanas, y partidas tan excéntricas como un busto de Alberto de Mónaco de 13 kilos de oro macizo —la primera de sus colaboraciones con el escultor californiano Barry X Ball—. No solo producen creaciones extraordinarias; también lo hacen rápido. Un encargo a medida, por peculiar que sea, ronda los tres meses, mientras a la competencia suele llevarle un año o año y medio. El proceso, que no por

más corto es menos arduo, empieza con el diseño, que siempre pasa por los tres hermanos. No se fabrica nada sin el beneplácito de un Damiani. Para las colecciones más comerciales, se funciona con tecnología 3D y programas informáticos. Pero cuando hablamos de alta joyería, todo se hace mano, bocetando primero la pieza a tamaño real y coloreándola después con acuarela para utilizarla como una plantilla donde se van colocando las piedras hasta dar con la composición perfecta.

A menudo son las gemas las que dictan el diseño. Como el *set* de turmalinas Paraíba que acaban de recibir. Al parecer están de moda: gusta que sean tan brillantes. Otras veces toca buscar las piedras basándose en el diseño. Desde que las piden hasta que cruzan la puerta del departamento de adquisiciones no suelen pasar más de dos días. Ventajas de estar bien conectados. Aquí se supervisan y examinan una a una las piedras que llegan a diario —y pueden ser varios cientos, cuenta Paola, una de las veteranas de la división—, verificando color, claridad, corte y quilates: las famosas cuatros ces que deciden su valía. Si algo no está a la altura, se devuelve.



2



3



4

Fuera del estudio de diseño, donde además se encuentran los archivos —estantería tras estantería de esbozos clasificados en carpetas por año y colección—, se impone el bullicio de tornos, pulidoras y cinceles. De la sala de modelaje y la fundición a las mesas de engastado, pasado y presente se ensamblan sin grietas. Emplean métodos centenarios como la cera perdida, que ya usaban los egipcios. Pero ahora se ayudan de microscopios digitales y *software*. Mientras Gianpaolo enseña a soldar con láser una cadena fina como un hilo —algo que antes de que existiese esta tecnología era impracticable— a una aprendiz recién salida de la academia que Damiani abrió en 2018, una planta más arriba, Sante Rizzetto engarza a pulso un solitario. Tiene a sus espaldas 63 años engastando gemas, 25 de ellos en Damiani, y ninguna intención de jubilarse. “La experiencia que tenemos aquí es la clave de todo. Sin ese saber hacer que nos permite tramitar la creatividad, no tendríamos más que un fantástico dibujo en un papel”. —EPS

PLACERES
BELLEZA

La esencia de un lugar. La conexión entre una fragancia y un destino es evidente. Desde la fresca brisa marina del Mediterráneo hasta las notas cálidas de los mercados orientales, este es un viaje olfativo por algunos de los parajes más inspiradores del planeta.

POR LUCÍA HEREDERO
FOTOGRAFÍA DE
RITA PUIG-SERRA COSTA





1. Un Jardin Sur Le Nil, de Hermès. Un jardín rebosante y chispeante en un recorrido por el Nilo. En la salida, zanahoria, tomate y mango verde. En el corazón, naranja, peonía, jacinto y flor de loto, y en el fondo, ládano, iris, canela, almizcle e incienso. 136 euros.

2. Eau de toilette Eden-Roc, de Dior. Dedicado al Hotel du Cap-Eden-Roc de la Costa Azul, refugio de celebridades internacionales. Aroma floral y salado con notas minerales, cítricos, jazmín, lentisco, coco y pino. 265 euros.

3. Love Reaction Ibiza, de Ramon Monegal. Es una invitación a revivir momentos mágicos. Bergamota, cedro, jazmín (en la salida), sándalo, vainilla, musgo (en el corazón) y caramelo, algodón de azúcar y almizcle (en el fondo). 180 euros.

4. MM Agua de Madrid Marta Masi. Fragancia corporal con notas florales y exquisito aroma a violetas. Despierta los sentidos, es revitalizante y vivificante y se puede pulverizar a cualquier hora después de la ducha o sobre la ropa. 19,90 euros.

5. Carthusia A'mmare di Capri. Rememora un jardín secreto escondido en las calles de la isla napolitana. Eau de parfum con cedro, pachulí, bergamota, hojas de menta y un acorde acuático. 120 euros.

6. Eau de parfum The Merchant of Venice Moscado. Se inspira en el almizcle, preciada materia prima que Marco Polo llevó a Venecia tras su periplo por la Ruta de la Seda. Además, incienso, rosas, mirra y haba tonka para aportar una nota sensual. 206 euros.

7. Donna Karan New York. Inspirado en el espíritu de la ciudad de los rascacielos. Con pimienta rosa, ruibarbo, rosa centifolia, jazmín y maderas de cedro y sándalo recicladas. 110 euros.

Sorpresa hasta el final. El artista y diseñador Oscar Mariné tiene hambre de emoción y sensaciones hasta su último banquete. Rememorando una canción de Jacques Brel quiere aves deliciosas, borgoñas y champanes, y de invitados, desde Séneca a Flaubert.

POR JACOBO BERGARECHE
ILUSTRACIÓN Y FOTOGRAFÍA DE COCO DÁVEZ

SE RESISTIÓ A darnos la dirección de su estudio. La mañana de la entrevista nos compartió un punto en el mapa: ahí nos esperaba. El GPS mostraba una breve hilera de naves industriales que no había conseguido cuajar en un polígono, parecían más bien cuatro pecios encallados en la orilla de una carretera comarcal que se pierde entre montañas. Oscar Mariné (Madrid, 73 años) nos pide amablemente que no revelemos el paradero de su estudio, y que tampoco publiquemos fotos que den una idea de las dimensiones y contenidos de este lugar, que más que un espacio de trabajo es el continente que alberga un universo personal de enorme densidad.

El exterior no lo delata, podría ser una fábrica de embutidos o un taller de maquinaria agrícola, pero cuando uno cruza la puerta entra en lo que parece un museo de la memoria estética de la España democrática. Oscar Mariné ha dejado huella en cual-

quiera de los muchos oficios a los que llegó de manera casual, sometido al dictado de una curiosidad insaciable, casi maniaca. Aquí están pulcramente apilados en mesas, ordenados en estantes, archivados en cajas o colgados por las paredes portadas de vinilos que diseñó para músicos tan distintos como Bruce Springsteen y Siniestro Total, carteles de cine inolvidables como el de *El día de la bestia* o *Todo sobre mi madre*, el manual de diseño de uno de los rediseños de *El País Semanal*, los distintos números que editó de la revista *Madrid me mata*, sus pinturas para la publicidad de Vodka Absolut, la señaléti-

“Yo lo único que quiero es que me conmuevas, soy un experto en emoción, y estudio cada día para estar abierto a lo nuevo”

ca de Matadero de Madrid... Si algo transmite este universo es que su demiurgo desconoce la pereza.

Estanterías, archivadores, mesas y bibliotecas conforman una red serpenteante de callejuelas que imponen un recorrido por la nave. Oscar Mariné, que es un tipo alto y grandullón, nos lleva de paseo por su historia. Arranca por su mesa de trabajo en la que acumula lápices, rotuladores, pinceles y cientos de tubos de pinturas que Coco Dávez observa como si fuera una tienda de golosinas. Mariné no solo nos muestra sus trabajos, sino sus fuentes de inspiración: vinilos punk, ediciones originales de poetas *beatniks* o juguetes de la infancia. Al terminar el recorrido uno siente que le ha conocido; entonces nos saca del estudio antes de que hagamos demasiadas fotos y nos hace seguirle en coche hasta un pantano en cuya orilla hay un chirinquito muy escondido en la vegetación. Es un sitio silencioso, lo prefiere porque oye mal. Pide que me sienta frente a él para verme los labios:



1=ANY 0/0)

“Me gusta el vino español, pero en un día así tomaría un borgoña o un côtes-du-rhône, y pasaríamos pronto a los mejores champanes”

“Me quedé sordo muy joven cubriendo una guerra en Zimbabue, con una explosión”, explica. Cuesta entender en qué momento este diseñador que estudió Derecho tuvo tiempo de ser fotoreportero de guerra. Me pasa la carta de vinos y aclara: “Yo soy de comer con vino, no te cortes en pedir la botella entera”. Se enciende un pitillo antes de que llegue la comida y nos cuenta que no sabe cómo sería su última cena, sabe que venimos a preguntarle por ello y ha intentado imaginar algo, pero lo cierto es que tiene la mente secuestrada por una canción de Jacques Brel, *Le dernier repas* (La última comida), que describe la suntuosa fantasía que el belga tiene de su último banquete. “Yo si fuera valiente os contaría lo que él dice en la canción. Ese día le sentarían en una silla como si fuera su trono, vestido de rey, con todas las mujeres de su vida, con sus amigos, sus perros y gatos. Fumaría una pipa y dejaría correr el humo, rememorando su infancia y gritándole a Dios que no existe. Es una visión muy realista y sabía de cómo acabar”.

La canción menciona un faisán del Périgord, y esto le da pie a reparar todas las gallináceas que crían los franceses, y que “son una fiesta, no tienen nada que ver con el pollo de Carpanta”. Reconoce su debilidad por lo francés, estudió en el Liceo,

vivió en Bruselas, también en el antiguo Beirut donde aún se hablaba francés. Uno hace los cálculos de todos los oficios que ha tenido y los sitios en que ha vivido y Mariné debería tener 300 años, y no 73. Cuando le preguntamos si quiere para su cena alguna de esas aves que ha pronunciado en perfecto francés, él dice que no está dispuesto a imaginar ningún menú, ni a invocar un plato de la infancia ni ningún otro que tenga un

anclaje emocional en su vida. Quiere algo nuevo que aún no sepa nombrar y que no haya probado jamás. “Cuando repites algo la emoción se queda a la mitad, a mí me gusta la sorpresa desde el primer momento”. Mariné mira con una sonrisa retadora a Coco Dávez y le pide que se invente ella su menú. Eso sí, le gustaría algo japonés, o asiático, Tailandia también le hace salivar. “Pero nada de fusión, no me interesa, yo quiero



géneros puros". Dávez no se ha visto en un apuro así, tendrá que inventarse la comida.

"Yo lo único que quiero es que me conmuevas, soy un experto en emoción y estudio mucho cada día para poder estar abierto a lo nuevo, porque el tiempo va contra la capacidad de emocionarte, te salen callos, dejas de sentir las cosas en la piel". Recuerda entonces una película documental que grabó la primera vez que viajó a Buenos Aires. Fue con un amigo y compraron una cámara de vídeo antes de subir al avión, leyeron las instrucciones en el vuelo y se pasaron 15 días grabándose. "La película es la experiencia de un señor que llega a una ciudad y lo primero que siente: esas sensaciones que tiene cualquier persona cuando llega a un sitio nuevo y te sale la emoción por la boca". Ese documental encarna el estado que Maríné busca perpetuamente. Dice que a veces hay que huir de toda la sofisticación que nos rodea, de tanta comida, tanto vino, tanto París y tanto Nueva York, e ir a sitios pobres, salir cuando hace frío, ducharse con agua helada, andar descalzo, para poder seguir sintiendo en la piel las cosas y no entumecer nuestra capacidad para el asombro.

Con la bebida sin embargo no quiere sorpresas: "Me gusta el vino español, pero en un día así tomaría un borgoña, o un *côtes-du-rhône*, y pasaríamos pronto a los mejores champanes, sin cortarme un pelo. Con el vino hay un momento que ya me pierdo, pero en el champán he probado digamos que hasta las alturas. Y te puedo decir que no es lo mismo ver el mundo desde los cincuenta mil que desde los ochomiles; des-

EL PLATO

Menú Maríné

Disperso pero mágico

■ Sorpresa, a ser posible japonesa, pero nada de fusión, estilos puros.
■ Vino tinto: borgoñas y *côtes-du-rhône*. ■ Champán: de las mejores pequeñas bodegas.

de ahí se ve mucho más el cielo, pero también es más hondo el abismo".

Los invitados los tiene claros: "Lo obvio, amigos, familia, estas cosas que dirá todo el mundo, pero también mis padrinos que son dos: Tibor Kalman, el diseñador más grande que han visto mis ojos, y el poeta John Giorno". Kalman, que editaba *Colors e Interview*, se interesó por la estética punk de la revista *Madrid me mata*. "Tú imagínate que tu superídolo dice que te quiere conocer. Pues nos conocimos y conectamos. Nos dedicábamos a hacer el gamberro en bici por Nueva York, y me introdujo muy generosamente a la ciudad", recuerda. A partir de ahí, Maríné pudo asomarse a las catacumbas contraculturales de esa ciudad, donde cuenta que conoció a Lou Reed, a los *beats* Allen Ginsberg y William Burroughs, al poeta John Giorno, al que nombra con un brillo en la mirada que muestra que no está haciendo *namedropping* sino que está recordando a un verdadero amigo que se fue, con el que colaboró y con el que aprendió muchas cosas. Abierta ya la posibilidad de traer a muertos ilustres a la mesa, Maríné se va a por sus ídolos: "A la derecha de John Giorno, sentaría a Marco Aurelio, y si no estuviera muy ocupado, a Séneca también, por

Oscar Maríné, fotografiado en su estudio recóndito, una mezcla de taller de artista y gabinete de curiosidades.

qué no a Flaubert, también a Jacques Brel...". La lista de invitados de Maríné no deja de crecer; de la misma manera que quiere un menú que jamás haya probado, le pasa que quisiera conocer a mucha gente en el último día de su vida.

No tiene claro el lugar para esta cena. "He sido muy errante, he estado en muchos sitios, que me han gustado mucho. Sería en el Mediterráneo quizás". Egipto es el sitio que más le ha impresionado, también podría ser Beirut. Le gusta el callejón, la palmera y la luna en un cielo despejado, el ambiente del bazar árabe, que dice que es otro de sus fetiches. "He pasado noche en sitios supersospechosos en Marraquech, con ricos, otros menos ricos, unos con pajarita, otro borracho perdido, siempre en una situación límite". Lo quiere todo vaporoso, a media luz, que haya mucho humo, la fiesta requiere veladuras y el amparo de cierta oscuridad. "Es fundamental la indefinición, la atmósfera, cosas que aparecen y desaparecen entre los vapores, todos los licores tienen vapores". También quiere muchas telas amontonadas a modo de mantel, candelabros enormes, servilletas de más de un metro, como las que vio en casa de Chillida, y buenas vajillas. "Luego nos daríamos el gusto de romperlas, porque es el último día y todo el mundo tiene que ir a tope". No se quiere ir sin un poco de escándalo, sin *épater le bourgeois*. Dice que a los burgueses hay que divertirlos molestándolos, tocándoles las pelotas. Considera que los artistas "somos su esperanza". "Somos los que los movemos y los que les entusiasmos. Y yo me levanto todas las mañanas con ese compromiso". —EPS

Una mirada actual sobre el Priorat. La denominación más abrupta de Cataluña, con viñedos al borde de precipicios, merece ser redescubierta en 2025. POR AMAYA CERVERA



EL PRIORAT ES un pequeño milagro. Una región montañosa en el interior de Tarragona que, durante siglos y hasta la desamortización de Mendizábal, vivió bajo el influjo y el dominio de los monjes cartujos de Escaladei. La escasez de agua, la pobreza de los suelos de pizarra y las pendientes de vértigo, con inclinaciones de hasta un 60%, condicionan una viticultura al límite.

Herida gravemente por la plaga de la filoxera, durante gran parte del siglo XX fue fuente de graneles destina-

dos a mezclas. Las familias que compraron las propiedades de los monjes realizaron el primer embotellado moderno: 115.000 botellas de Scala Dei Cartoixa 1974 que no fueron nada fáciles de vender.

El gran renacimiento se produjo a finales de los ochenta con los Clos, el término borgoñón adoptado para sus creaciones por un grupo de aventureros llegados de fuera que se instalaron en el municipio de Gratallops. Supieron ver la magia de aquella región reclusa y olvidada, y acabaron convirtiéndose muchos de ellos en

productores estrella: René Barbier, Álvaro Palacios, Josep Lluís Pérez, Daphne Glorian... Su estilo: vinos poderosos elaborados con ayuda de variedades internacionales y envejecidos en roble francés. Tuvieron mucho más impacto que aquel Cartoixa fundacional o el Masía Barril que apareció unos años más tarde y anunciaba en la etiqueta que los vinos del Priorat eran naturalmente maduros y que no necesitaban criarse en barrica (una autoafirmación frente al patrón tinto de la época que era Rioja).

Las puntuaciones del influyente crítico norteamericano Robert Parker propulsaron la región y ayudaron a defender unos precios muy superiores a lo habitual en España, pero necesarios para soportar el cultivo de viñedos al límite. Hoy, el precio medio de una botella del Priorat es de unos 25 euros.

Otra cosa que hizo la región fue poner en el mapa de calidad a sus dos variedades tintas principales. Primero la garnacha, pese a que su papel no fue tan protagonista en los inicios, y, con algo más de dificultad, por su fama de uva rústica y productiva, una cariñena elevada a los cielos por obra y gracia de los suelos de pizarra, las viñas viejas y vinos como los de Vall Llach en Porrera o Mas Doix en Poboleda.

A finales de la primera década de 2000 se inicia una vuelta a la esencia: recuperación de prácticas tradicionales más cercanas a aquellos primeros Cartoixa, foco en las uvas locales (los vinos de Álvaro Palacios son mucho más sutiles desde que ha prescindido de variedades de fuera), o estilos más aéreos como Terroir al Límit, que ha abandonado totalmente la madera. El relevo generacional también pesa. Los vinos de Sara Pérez en Mas Martinet, más libres y con presencia de tinajas y damajuanas de cristal, poco tienen que ver con los de su padre. Y algo parecido puede decirse de René Barbier hijo en Clos Mogador.

Una cepa
vieja en los
característicos
suelos de pizarra
de la comarca
del Priorat.

En 2009, el Priorat fue la primera región española en introducir la figura del vino de municipio (*vi de vila* en las etiquetas). Una década después remató su clasificación con los más de 450 parajes que integran *Els noms de la terra* (los nombres de la tierra).

Tras semejante travesía, la región ha ganado en matices. Hoy se puede transitar de las garnachas de suelos de arcilla de la montaña de Montsant (una bendita excepción) a las cariñenas de pizarra y altura, probar un cabernet tan personal como el que firma Pasanau en La Morera del Montsant o disfrutar de la pureza de los vinos biodinámicos de Mas d'en Gil, la heredera de Masía Barril en la zona meridional de la región. Aunque los tintos son dominantes, hay un movimiento blanco diverso y apasionante. Se están recuperando variedades minoritarias y también esos rancios olvidados en viejas bodegas que Sara Pérez describe acertadamente como vinos de tres generaciones.

Este es un universo de 2.250 hectáreas con muchos pequeños productores y donde a los grandes, como ha pasado con Familia Torres, que se ha mimetizado con el espíritu de la región, les va bien haciéndose pequeños. Su nuevo abismo particular es el cambio climático, con tres años de una angustiosa sequía que ahora parece que empieza a remitir.

Pese a todo, los vinos nunca han brillado con tanta fuerza. En 2023, el 45% se fue a los mercados exteriores, con Estados Unidos, Suiza y Alemania a la cabeza, mientras que en España el 80% de las ventas se concentraron en Cataluña. Es el momento del Priorat. —EPS

LA BODEGA

Tres etiquetas para redescubrir la región



Puerta de entrada **Ánima del Priorat**

2023. Tinto, DOQ Priorat
Casa Gran del Siurana
41% garnacha, 35%
cariñena, 24% syrah
14,5% vol. 18 euros

Esta etiqueta de aparición reciente que firma la bodega del grupo Perelada en la región es una perfecta introducción al estilo más directo, amable y sabroso del Priorat, y tiene todo el sentido que se presente en botella borgoña. Con dominio de las variedades locales y el aporte de sabrosidad de la garnacha, el vino ofrece, además de frescura, equilibrio y abundante fruta dulce. El precio es muy razonable en comparación con otros de la zona. Se han elaborado 13.972 botellas.



Vino de municipio **MarLa Vi de Vila Poboleda**

2021. Tinto, DOQ Priorat
Sandra Doix. 70% cariñena,
30% garnacha
14% vol. 39 euros

Elaborado con viñedos plantados entre 1955 y 1998 en uno de los municipios más frescos y septentrionales de la región, el vino es tan exquisito como su presentación. Tras una larga trayectoria en Celler Mas Doix, Sandra vuela ahora en solitario y ofrece joyitas como este Vi de Vila que expresa toda la energía de la cariñena de Poboleda, con el contrapunto de la textura amable de la garnacha. Fruta crujiente bien definida, con tensión y persistencia. Para beber y también guardar, porque tiene recorrido por delante. 3.600 botellas.



Vino de paraje **Mas d'en Caçador Carinyena**

2021. Tinto, DOQ Priorat
Celler de l'Encastell
14% vol. 75 euros

Un ejemplo de lo pequeño que puede ser el Priorat y el valor que la clasificación aporta al territorio. Mas d'en Caçador es un paraje de Porrera cultivado desde hace generaciones por la familia propietaria. A este vino se destinan las cepas menos productivas plantadas directamente sobre la roca fracturada de pizarra. Es un tinto profundo, concentrado y persistente que sorprende por su frescura en boca, con abundantes notas balsámicas y de hierbas mediterráneas. Un paisaje que ha llenado 595 botellas.

Rosa Montero

Y esto es todo

ACABA DE MORIR, a los 93 años, Carmen Carlavilla, una mujer modesta y luminosa. Una pequeña vida que se apaga. Estuvo viniendo a limpiar mi casa durante décadas y terminamos desarrollando una relación muy familiar. Aprendí primero a admirarla y después a quererla. Venía de una España paupérrima y profunda; de todos los hermanos, Carmen había sido la designada, como antes se hacía con mujeres como ella, para quedarse a cuidar a los padres ancianos. Cuando fallecieron, ella estaba cerca de los 50 años, era casi analfabeta y no había tenido nunca novio. Al llegar a mi casa se puso a estudiar y se sacó el graduado escolar. En lo del novio, en cambio, no hubo novedades. Supongo que nunca conoció varón, pero eso era algo que no parecía preocuparle lo más mínimo y que desde luego no la convertía en una pacata. Era una mujer plenamente viva. Bajita, cuadrada, recia, con un precioso pelazo negro que llevaba siempre corto, ojos chispeantes y abundante sonrisa. Tenía un sentido estético innato, una vena artística que se le manifestaba en las bonitas labores que cosía y bordaba, pero también en la elegancia natural con la que se vestía, en lo bien que combinaba los colores, en un don formidable para crear magníficos ramos con cualquier ramita que recogía del campo. Y era, sobre todo, una buenísima persona, generosa y humilde. De hecho, murió por no molestar, como conté en un artículo hace unas semanas. Por no molestar a las enfermeras, se levantó sola de su cama de hospital y se cayó.

Y esto es todo. Son 93 años que se pueden resumir en un párrafo. En el breve texto que acabáis de leer. Se diría que estas existencias en apariencia tan menudas nos dejan un mayor desconsuelo, como si se deshicieran como un azucarillo mojado entre los dedos. Tan poca cosa fue su vida, nos decimos. Pero en realidad esta reflexión es un error. En primer lugar, porque lo que de verdad nos desconsuela es darnos cuenta de que es la vida en sí, la vida de todos, lo que es tan poca cosa. Intentamos huir de ese vacío existencial haciendo 10.000 planes, intentamos escapar con el “afán”, como decía genialmente Luis Landero en su novela *Juegos de la edad tardía*, es decir, con el deseo, el sueño, el anhelo de cumplir grandes logros, pero, ¿sabéis qué?, la demo-

crática muerte siempre nos iguala. Para comprobarlo no hay como entrar en un cementerio y pasearse por las zonas antiguas; ver los grandes mausoleos del siglo XIX con toda esa estridencia de mármoles y ángeles, y leer esos nombres que hoy nadie conoce ni recuerda, tipos que se creyeron el colmo del poder y del triunfo, rutilantes prohombres de la patria que, por añadidura, quizá fueron en su momento unos tipejos, machistas, tiranos, explotadores, esclavistas. Bien olvidados están, bien segada su memoria por la guadaña niveladora de la parca. Ninguno de ellos fue ni un ápice más importante que Carmen Carlavilla. O que mi madre. O tu padre. Que todos esos individuos que vivieron dentro de la oscuridad social y que aparentemente no fueron nadie, nada, tan sólo unas personas buenas y cabales.

Como cada año, las pasadas Navidades las televisiones emitieron por enésima vez la película *¡Qué bello es vivir!*, dirigida en 1947 por Frank Capra. Dudo que haya alguien en el mundo que no la conozca, pero recordaré que el protagonista, James Stewart, sufre una serie de reveses profesionales y anímicos y decide tirarse desde un puente el Día de Navidad porque se siente un fracasado, un inútil, un ser irrelevante. Entonces llega un ángel que le muestra lo triste que sería el mundo si él no hubiera existido, y Stewart recupera el amor por la

Lo que de verdad nos desconsuela es darnos cuenta de que es la vida en sí, la vida de todos, lo que es tan poca cosa



vida. Esta trama, que así resumida parece de un azucarado repugnante, resulta en realidad preciosa de ver, no sólo por el talento de Capra, sino porque en la idea hay algo profundamente verdadero. Cuanto mayor soy más claro tengo que los humanos formamos un todo; que, pese a la violencia y los enfrentamientos, zumba por debajo el atronador murmullo de la especie. Que somos un cardumen que se mueve al unísono a través de los siglos, y que son las buenas gentes quienes nos enhebran y sostienen. En 2023 (aún no hay cifras del 2024) murieron en España 436.124 personas. Me pregunto cuántas de ellas tuvieron una pequeña, modesta y luminosa vida semejante a la de Carmen. Son los únicos ángeles en los que creo. —EPS



Estás a un máster de ser un experto en periodismo digital

PRISA MEDIA y UNIR se unen en el Máster *online* en Proyectos Periodísticos Digitales Avanzados

El periodismo evoluciona tan rápido como las nuevas tecnologías y este máster te da las herramientas imprescindibles para que tus trabajos tengan el impacto que buscas. Desde abordar un nuevo proyecto hasta lanzar un producto digital de éxito usando las últimas técnicas y formatos.

No te pierdas las clases magistrales impartidas por profesionales de PRISA MEDIA, como Manuel Jabois, Kiko Llaneras, Mónica Ceberio, Andrea Rizzi, María Jesús Espinosa de los Monteros...

Además, podrás realizar tus prácticas en EL PAÍS, AS, la Cadena SER o LOS40 aprendiendo de los mejores profesionales en activo. ¿Te lo vas a perder?

Infórmate aquí





louisvuitton.com

ALASHA 2025



LOUIS VUITTON